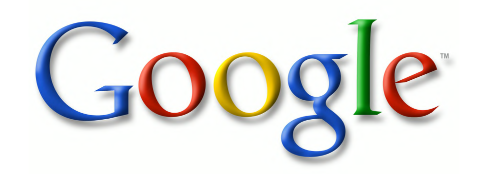


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

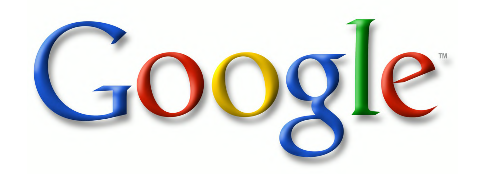
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

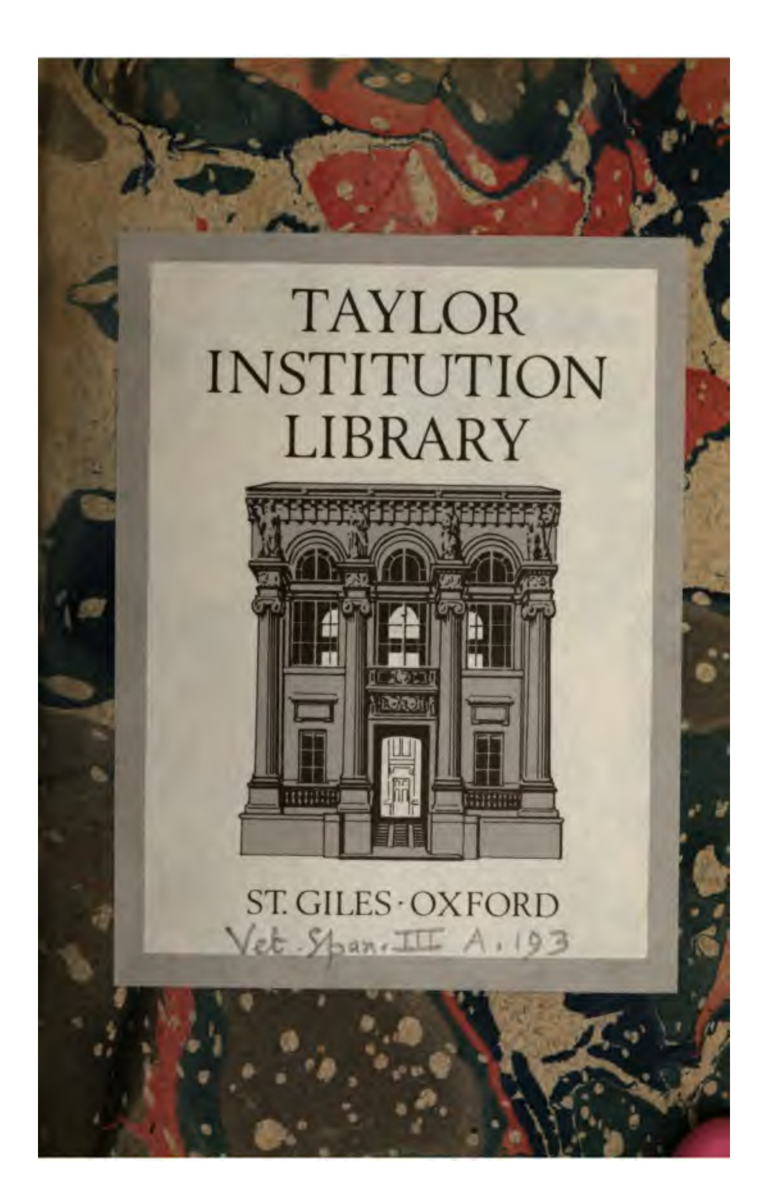
+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

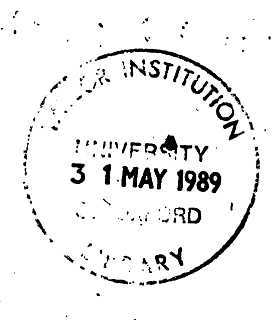
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`






TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY
ST. GILES · OXFORD
Vet. Span. III A. 193

Palabras de un Creyente.


INSTITUTION
3 1 MAY 1989
ARY

EL DOGMA

de los

HOMBRES LIBRES.

PALABRAS DE UN CREYENTE.

POR

M. F. La Mennais.

TRADUCIDAS DE LA ÚLTIMA EDICION

POR

D. Mariano José de Larra.

MADRID.
IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Año de 1836.

LX 83504

CUATRO PALABRAS

DEL

traductor.

En circunstancias como estas, en que se mezclan con los intereses generales intereses personales, en que la cuestion de los medios que se han de poner en práctica para conseguir el fin, suele adquirir mas importancia que el fin mismo, dividiendo, y subdividiendo hasta el infinito los partidos; en momentos en que es tan facil á los rencores personales dar torcida esplicacion á las menores acciones, presentando á una luz falsa las opiniones que los acontecimientos modifican de contínuo, sobre todo cuando la precipitacion con que estos se suceden viene á impedir muchas veces el completo desarrollo de aquellas, el traductor de esta obra ha creido de su deber entrar con sus lectores en una previa esplicacion tan necesaria como justa. No porque

á la causa general pueda importarle la mayor ó menor rectitud de un individuo, sino porque importa mucho al individuo mismo que una accion incompleta y un silencio prolongado no den lugar á falsas interpretaciones. El traductor de las PALABRAS ha creido indispensable poner al lado del pensamiento de LA MENNAIS, pensamientos suyos, por mas que los reconozca inferiores al que preside á la obra que ha tratado de vulgarizar en España.

Lástima grande por cierto que esta obra no sea una realidad todavía en el mundo. Clasificada hasta ahora por la imperiosa tardanza de los hechos entre el sin número de teorías que la imprenta arroja diariamente en el torbellino de sistemas que comparten el mundo moderno, apóyase sin embargo en dos grandes verdades.

Primera. La necesidad de una religion en todo estado social; necesidad innegable, pues que la esperiencia no nos presenta en el transcurso de los tiempos un solo caso de un pueblo ateo.

Segunda. El derecho comun de los hombres, por el cual ninguno de ellos puede adjudicarse mas predominio sobre los demas, que el que estos mismos quieran cederle, derecho tan innegable como la necesidad de una religion, pues como ella se funda en la naturaleza.

En esta existe la necesidad de la religion, puesto que todos al nacer entramos á ser parte de un orden de fenómenos, anterior al hombre mismo, indestructible, y superior, no solo á su fuerza, sino á su propia inteligencia; en una palabra, sobrehumano; orden inmutable que revela un poder mayor existente; y que á la par impone una ley universal, emanada de él, ley grabada en toda sociedad aun con anterioridad á su existencia, pues que lo está en el corazon de todo hombre; á saber, la JUSTICIA.

La RELIGION pues, como dogma de los deberes del hombre para con el Poder Superior preexistente á él en el mundo, y como fuente de la *moral*; y la JUSTICIA, como dogma de los deberes de los hombres entre sí, y como fuente del orden, son la base de todo estado social.

Aunarlas, y derivar sus consecuencias puras, sin tergiversacion, y sin mezcla de supersticiones; hé aqui lo que ha tratado de hacer el autor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Porque las supersticiones políticas han ahogado la justicia, como las supersticiones religiosas han ahogado la religion.

Que la sociedad por causas accidentales se haya apartado de fuente tan pura, es un hecho; que para traerla de nuevo al punto de par-

tida sea necesario luchar con los obstáculos que aquellas causas accidentales han creado y entronizado, es una verdad; que en esta lucha, el que proclama la verdad haya de sufrir el dictado de sedicioso y desorganizador, es natural. Pero estas cuestiones todas, cuando solo se trata de sentar los principios generales, sin aplicacion á circunstancias determinadas, sin incitacion á pais alguno, son realmente secundarias.

Porque los hombres hayan desconocido la verdad por un tiempo, ¿por eso no podrá enunciarse? Si se han apartado de su camino, condicion será de la débil humanidad; si la fragilidad de esta en fin fuese tal, que la verdad pura no pudiese verse completamente entronizada, si estuviese destinada á ahogarse entre humanas modificaciones, por eso solo, ¿no podrá ser aclamada?

Por otra parte, los que niegan la perfectibilidad del género humano, los que concediendo la verdad del principio, niegan la posibilidad de establecerlo, blasfeman contra la Providencia; porque suponen que esta ha grabado en nuestro corazon el dogma de una justicia irrealizable, que nos ha dado un tipo para la teoría, y una ley en contraposicion para la práctica; suponen que ha puesto en lucha en nuestro corazon la

creencia y la realidad. Criarnos para eso hubiera sido un sarcasmo.

Inferir tambien de que el mundo ha sucumbido hasta el dia á ciertas condiciones, que siempre ha de sucumbir á las mismas, es no haber estudiado la marcha de los tiempos. El que asi raciocina se parece al niño, que creyese imposible llegar á ser hombre solo por ser niño, cuando precisamente solo se puede llegar á ser hombre siendo niño; es negar el porvenir. Es ademas una ilusion del amor propio que limita á la existencia de una generacion la vida del mundo. ¿Qué importa para el orden establecido, para ese coloso que marcha, creciendo siempre, que una, diez, cien generaciones se hayan hundido sin tocar en la perfeccion? ¿Qué significa que no hayan servido sino de escalones á las que las han heredado? Lo que le importan, lo que le significan al hombre de treinta años el pelo que le han cortado en su niñez, y las vestiduras que por cortas ha ido desechando.

No diremos mas con respecto á LA MENNAIS. Si necesitase defensa ó apoyo, mejor le defendería su mismo libro, que cuanto en favor de sus doctrinas pudiera su traductor decir.

Pasemos á la traduccion. Si me preguntan por qué he traducido este libro, responderé: Hay

dos cosas que considerar actualmente en el estado imperfecto de la sociedad, en este estado de transicion y de viaje en que se encuentra. Primera. La verdad última hácia qué camina. Segunda. El medio de conseguir esa verdad. Hay por tanto que tener presentes los principios absolutos, y la oportunidad relativa de las circunstancias.

Con respecto á los principios, ahí va LA MENNAIS. Pero ¿para ahora? No nos toca á nosotros decidirlo. Los enunciamos y nada mas. Parte tan diminuta de la humanidad, arrojamos ante sus ojos unas doctrinas. Agregarnos despues á lo que ella adopte y decida por ahora es nuestro único deber.

Pero reconocido el imperio de las circunstancias, proclamar una verdad que no está de acuerdo todavía con esas circunstancias, es alterar lo existente, es ser subversivo.

No; porque si el mundo marcha, no puede ser subversivo quien le abre camino. Ni progreso quiere decir otra cosa que contínua variacion. Por eso el que muere martir hoy, es declarado santo mañana, asi que la práctica llega á realizar la teoría que proclamó. Ó por mejor decir: sí; tiende á alterar lo existente. No está el mal en eso, sino en haber dado una mala interpre-

tacion á una palabra buena; alterar para progresar, no es crímen en lo presente para con la sociedad; es mérito al contrario para con ella en el porvenir.

No gira la cuestion sobre si se ha de alterar, sino sobre los medios que para ello han de emplearse. Violentar para alterar, forzar la voluntad existente, y dar á los hombres por la fuerza su felicidad misma, es un crímen. Predicar para convencerlos, sembrar hoy para coger mañana, no es alterar, no es ser malamente subversivo; es preparar lícitamente las alteraciones futuras.

Esto sentado, solo el sable es peligroso; la palabra nunca. Asi es que la palabra no ha trastornado jamas de la noche á la mañana con la publicacion de un libro la faz del mundo. Su enunciacion mientras mas prematura es en un estado, es tanto menos peligrosa, porque no encontrando simpatías bastantes en el momento, queda latente é infecunda por el pronto, como la semilla oculta y encerrada en la tierra hasta el tiempo de la germinacion y del desarrollo.

Mahoma pudo cambiar con la violencia en breve espacio la faz de gran parte del mundo. Pero el Cristo, que vino á predicar, y no á combatir, no logró variarla sino á fuerza de

años y aun de siglos; y en vez de matar para consolidar su obra, tuvo él que morir con los suyos por ella.

La revolucion que se verifica por medio de la palabra es la mejor, y la que con preferencia admitimos; la que se hace por sí sola, porque es la estable, la indestructible. Por eso á nuestros ojos el mayor crímen de los tiranos es el de obligar frecuentemente á los pueblos á recurrir á la violencia contra ellos, y en tales casos solo sobre su cabeza recae la sangre derramada; ellos solo son los responsables del trastorno, y de las reacciones que siguen á los pronunciamientos prematuros. Sin ellos, la opinion sola derribaria; y cuando la opinion es la que derriba, derriba para siempre; la violencia deja tras sí al derribar, la probabilidad de la reaccion á la fuerza hoy vencida, y que puede ser vencedora mañana. El paganismo cayendo ante el poder de la opinion, y á la voz del Cristo, cayó para siempre, al paso que la fuerza colosal del imperio romano no consiguió ahogar la voz del Cristo en la apariencia mas débil, pero en realidad mas poderósa, porque se apoyaba en la conviccion. La inquisicion que nadie ha destruido violentamente en ninguna parte, y que ha muerto por sí sola á manos de la opinion,

bien como el tormento, no volverá á aparecer jamas sobre la tierra. Por el contrario, hemos visto un ejemplo de la inutilidad de la fuerza en esa misma religion cristiana, que derribada por el torrente de los escesos de sus ministros y falsarios en un pais vecino, donde provocaron la violencia contra ella, volvió á aparecer casi por sí sola. La opinion no le habia abierto la huesa todavía. Tan liberales somos, tan allá llevamos el respeto debido á la mayoría, al voto nacional, á la soberanía del pueblo, que no reconocemos mas agente revolucionario que su propia voluntad.

En consecuencia he traducido este libro, porque sean cuales fueren sus doctrinas, pertenezcan al presente, ó al porvenir, creo que la palabra no puede ser jamas nociva. La mentira impresa y propalada cae por sí sola, y puede ser rebatida con la palabra misma. Por el contrario, la verdad impresa y propalada triunfa, pero triunfa á fuerza de convencer, triunfa sin violentar, y este es el mas bello triunfo posible.

En estos principios se apoya la libertad del pensamiento, y en este sentido, no conocemos crímen mayor que el empeño que los gobiernos ponen en coartarla. No solo privan de un derecho á su generacion, sino que asesinan en su

germen á su posteridad. En nuestra opinion los hombres todos deben saberlo todo. Solo asi podrán juzgar, solo asi podrán comparar y elegir.

He traducido ademas esta obra para luchar con un error de grave importancia.

La religion cristiana apareció en el mundo estableciendo la igualdad entre los hombres, y esta gran verdad, en que se apoya, ha sido la base de su prosperidad. Los reyes, en cuyo interes no estaba interpretarla de esta suerte, esperimentaron el instinto de torcerla á sus fines, y muchos malos ministros de ella, que para consolidar su triunfo duradero deberian haberse puesto de parte de los pueblos, sacrificaron el porvenir á una brillante existencia precaria y á honores pasageros, prestándose á convertir esa misma religion tan pura en instrumento de tiranías. O estorbaron la vulgarizacion de las Sagradas Escrituras, ó las interpretaron á su manera, tornándolas palanca política; sustituyeron en provecho suyo, y en el de los gobiernos, á la religion la supersticion, á la creencia el fanatismo, artería á que desgraciadamente se prestaba demasiado la ignorancia de los siglos medios. De aqui resultó que cuando los filósofos del siglo pasado quisieron minar el edificio social, tan injustamente organizado, tuvieron que atacar la su-

persticion y el fanatismo; empero confundidos ya la superticion y el fanatismo con la religion, apareció ésta atacada en sus escritos: los discípulos de los enciclopedistas exageraron, como en tales casos sucede, los principios de sus maestros, y asi como los pueblos, seducidos, habian pasado de la religion al fanatismo, asi, desengañados, pasaron del fanatismo á la impiedad.

Los liberales sin embargo y los reformadores hubieran triunfado hace mucho tiempo completamente y para siempre, si en vez de envolver en la ruina de los tiranos la religion, necesaria á los pueblos, y de que ellos habian hecho un instrumento, se hubieran asido á esa misma religion, apoderándose de esta suerte de las armas mismas de sus enemigos para volverlas contra ellos. El protestantismo separando en los pueblos donde se introdujo la religion de la política, el cielo de la tierra, y poniéndose de parte de los pueblos, obró con mejor instinto; se grangeó el respeto, y se consolidó renunciando á miras mundanas de ambicion; llegó á ejercer una verdadera influencia, tanto mas indestructible cuanto mejor era su fundamento; y aseguró la libertad arraigándola primero en las conciencias, en las costumbres despues. Hermanó la libertad con la religion. Aunque mas tarde, ¿por

qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo? . . . .

En España la reaccion debia ser mas terrible, puesto que habian pesado mas sobre ella que sobre nacion alguna los escesos del fanatismo. No conteniéndose los partidos nunca en los justos límites, no consintiendo el calor de la lucha la reflexion, el traductor de esta obra, leido con ligereza, y sin esta previa esplicacion, estaba espuesto á un doble riesgo. Podia aparecer á los políticos modernos, preocupado en religion, epíteto poco envidiable en el dia, y á los religiosos fanáticos, desorganizador en política. Sin embargo, no es ni uno ni otro. Si este libro puede conquistar á la causa liberal muchos de los fanáticos que creen que la religion se opone á las instituciones libres, si puede convencer á la multitud poco instruida de que la religion cristiana es una religion democrática y popular, si puede cimentar la libertad, destruyendo su mayor enemigo el fanatismo, el traductor corre con gusto el riesgo de aquella doble inculpacion; no, empero, sin declarar que ningun escritor ha escrito nunca para los que no saben leer.

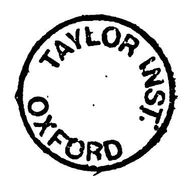
Los autores mismos del Código que en el dia nos rige, hubieron de conocer esta importante verdad; sin duda vieron claro que no habia li-

gado el término de la religion cristiana en España, que no llegaria jamas, cuando en vez de declararla imprudentemente la guerra, á imitacion de los filósofos franceses del siglo pasado, trataron de hacerla suya, y grangeársela, consignando en ese mismo Código que la religion cristiana es la única verdadera y la del Estado. En eso dieron una gran prueba de su conocimiento del corazon humano y del mundo, ademas de una muestra importante de fé y de conviccion religiosas. Volvamos la vista á todas partes, á esa Francia que ha vuelto á su religion despues de tan violentas sacudidas, á esa Inglaterra tan adelantada, y tan religiosa, á esos Estados del Norte de América tan citados. Donde quiera hallaremos una religion; donde quiera hallaremos á Dios presidiendo á las acciones mas indiferentes de los hombres, por voluntad de esos hombres mismos, y de esos hombres, libres.

Religion pura, fuente de toda moral y religion, como únicamente puede existir, acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia; libertad civil; igualdad completa ante la ley, é igualdad que abra la puerta á los cargos públicos para los hombres todos, segun su idoneidad, y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito; y libertad

absoluta del pensamiento escrito. Hé aquí la profesion de fé del traductor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Despues de esta declaracion de principios, por los cuales abogó constantemente en sus pobres escritos, el traductor cree que puede dormir tranquilo sin temor de la calumnia, si es que esta alguna vez pudiera atribuirle importancia bastante para asestar contra él sus flechas emponzoñadas.

AL PUEBLO.


TAYLOR INST. OXFORD

Este libro ha sido especialmente compuesto para vosotros; á vosotros pues le ofrezco. En medio de los males que son vuestro lote, en medio de las congojas que sin descanso os aquejan, séale dado prestaros animacion y consuelo.

¡O vosotros! á quienes el dia es pesado; yo quisiera que pudiese ser para vuestra pobre alma fatigada, lo que es á medio dia en el campo la sombra de un árbol, por mezquino que sea, para aquél que ha trabajado toda la mañana á los ardientes rayos del sol.

Pésimos tiempos habeis alcanzado, pero esos tiempos pasarán.

En pos del rigor del invierno, nos vuelve la Providencia estacion menos áspera, y el pajarillo bendice en su canto la mano bienhechora que torna á darle calor y abundancia, y su compañera y su nido.

Esperad y amad. Todo lo endulza la esperanza, y todo lo hace el amor posible.

Hombres hay en este momento que sufren mucho, porque os han amado mucho. Yo, hermano suyo, he escrito el relato de lo que han hecho por vosotros, y de lo que por esta causa han hecho contra ellos; y cuando la violencia se haya usado ella misma, entonces lo publicaré, entonces lo leeréis con lágrimas menos amargas, y amaréis tambien vosotros á esos hombres que tanto os han amado.

Si en el dia os hablase de su amor

y de sus padecimientos, arrojarianme con ellos en los calabozos. Con gozo correria á ocuparlos, si con eso pudiese ser vuestra miseria aliviada; però de ello no os resultaria alivio alguno, y es fuerza por eso esperar y pedir á Dios que abrevie el tiempo de la prueba.

Ahora juzgan y condenan los hombres: en breve juzgará él. ¡Bienaventurados los que han de ser testigos de su justicia!

Ya soy viejo; escuchad las palabras de un anciano.

La tierra aparece triste y descalorida; pero ella reverdecerá. El aliento del malvado no ha de pasar eternamente sobre ella, como un soplo abrasador.

Cuanto sucede, quiere la Providencia que suceda para vuestra instruccion, á fin de que aprendais á ser buenos y justos cuando llegue vuestra hora.

Cuando los que abusan del poder hayan pasado delante de vosotros, como el cieno de los arroyos en un dia de tormenta, entonces comprendereis que solo el bien es duradero, y temereis profanar el aire, purificado por las auras del cielo.

Preparad vuestras almas para ese tiempo, porque ese tiempo no está lejos, ese tiempo se acerca.

El Cristo, crucificado para vosotros, ha prometido rediміros.

Creed sus promesas, y para apresurar el término de su cumplimiento, reformad cuanto tenga en vosotros necesidad de reforma; ejercitaos en las virtudes todas, y amaos los unos á los otros, como el Salvador del género humano os ha amado, hasta la muerte.

I.

En nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

El que tenga oidos, que oiga; el que tenga ojos, ábralos y mire, porque los tiempos se acercan.

El Padre ha engendrado á su Hijo, su palabra y su Verbo, y el Verbo se ha hecho carne, y ha habitado entre nosotros; ha venido al mundo, y el mundo no le ha conocido.

El Hijo ha prometido enviar el Espíritu consolador, el Espíritu que procede del Padre y de él, y que es su amor mútuo. Vendrá y renovará la

faz de la tierra, y será una segunda creacion.

Hace diez y ocho siglos, el Verbo derramó la divina semilla, y el Espíritu Santo la fecundó. Los hombres la han visto florecer, han gustado sus frutos, los frutos del árbol de vida, plantado de nuevo en su pobre vivienda.

Yo os lo digo; hubo grande alegría entre ellos cuando vieron aparecer la luz, y todos se sintieron penetrados de un ardor divino.

Despues la tierra se ha tornado nuevamente tenebrosa y fria.

Nuestros padres han visto al sol declinar. Cuando se ocultó debajo del horizonte, todo el género humano se estremeció. Despues hubo, durante esta noche, no sé qué, que no tiene nombre. Hijos de la noche, el Poniente se ve negro, pero el Oriente comienza á blanquear.

II.

Aplicad el oido, y decidme, de dónde procede ese rumor confuso, vago, estraordinario, que por todas partes se escucha.

Aplicad la mano sobre la tierra, y decidme por qué se ha estremecido.

Algo que no sabemos se remueve en el mundo; obra hay sin duda de Dios.

Por ventura, ¿no está cada cual en espectativa? ¿Hay algun corazon que no palpite?

Hijo del hombre, sube sobre las alturas, y anuncia al mundo lo que ves.

Veo en el horizonte una nube cárdena, y en derredor un resplandor rojo, como el reflejo de un incendio.

Hijo del hombre, ¿qué otra cosa ves?

Veo al mar alzar sus olas, y á los montes agitar sus crestas.

Veo á los rios cambiar su curso, las colinas vacilar, y terraplenar los valles con su caida.

Todo se estremece, todo se mueve, todo toma nuevo aspecto.

Hijo del hombre, ¿qué mas vès?

Veo torbellinos de polvo en lontananza, arrebatados en todas direcciones, que se chocan, se mezclan y confunden. Pasan sobre las ciudades, y despues que hán pasado, solo se ven llanuras.

Veo á los pueblos alzarse tumultuosamente y empalidecer los reyes bajo sus diademas. Guerra se ha declarado entre ellos, guerra de muerte.

Veo un trono, dos tronos hechos pedazos y los pueblos que desparcen sus restos sobre la tierra.

Veo á un pueblo pelear como peleaba el arcángel Miguel con Satanás. Ter-

ribles son sus golpes, mas véole desnudo, y cubierto su enemigo de doble armadura.

¡Y sucumbió, Señor! Llagado está de muerte. Mas no. Solo está herido. María, la Vírgen Madre, le cobija con su manto, le muestra faz de risa, y sácale por breve plazo del campo de batalla.

Veo á otro pueblo pelear sin descanso, y cobrar por momentos nuevas fuerzas en la lid. Este pueblo tiene el signo del Cristo sobre el corazon.

Veo á otro pueblo, sobre el cual han sentado seis reyes la planta, y cada vez que prueba á moverse, seis puñales entran en su garganta.

Veo sobre un edificio inmenso, á grande altura en los aires, una cruz que distingo apenas, porque la cubre un velo negro.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

Veo el Oriente turbado y removido;

mira destruirse sus antiguos palacios, y caer sus viejos templos hechos polvo, y alza los ojos como buscando otras grandezas y solicitando otro Dios.

Veo á la parte del Occidente una figura de muger, de mirar altivo, de serena frente: traza con mano firme un ligero surco, y por donde pasa la reja, veo alzarse generaciones humanas que la invocan en sus oraciones, y la bendicen en sus cantos.

Veo á la parte del Septentrion hombres á quienes no queda mas que un resto de calor concentrado en la cabeza, que los embriaga; pero el Cristo los toca con su crúz y torna á latir el corazon.

Veo á la parte del Mediodia razas enteras sobre las cuales pesa no sé qué maldicion; ominoso yugo las agovia y caminan encorvadas; empero el Cristo las toca con su cruz, y se enderezan.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

Nada responde : tornemos á gritar.

Hijo del hombre, ¿qué ves?

Veo á Satanás huyendo, y al Cristo rodeado de sus ángeles qué viene para reinar.



III.

Y fui transportado en espíritu á los tiempos antiguos, y estaba la tierra hermosa, y rica y fecunda; y sus habitantes vivian felices, porque vivian como hermanos.

Y vi la serpiente que se deslizaba entre ellos: clavó en algunos su poderosa mirada, y su alma se conturbó; se acercaron y hablóles la serpiente al oido.

Y despues de haber escuchado las palabras de la serpiente, alzáronse y dijeron: Somos reyes.

El sol se oscureció y tomó la tierra un color fúnebre, como el de la mortaja que envuelve los muertos. Oyóse un sordo murmullo, un prolongado que-

jido, y tembló cada cual en el fondo de su corazon.

En verdad, yo os lo digo, fue como el dia en que rompió sus diques el abîsmo, y en que salió de madre el diluvio de las aguas mayores.

El *miedo* se fue de choza en choza, porque entonces no habia palacios todavía, y díjole á cada uno cosas secretas, que le estremecieron.

Y los que habian dicho: Somos reyes, asieron de una espada, y siguieron al *miedo* de choza en choza.

Y viéronse cumplidos allí raros misterios; hubo cadenas, llantos y sangre.

Los hombres, espantados, gritaron: El asesinato ha tornado al mundo. Y fue cuanto dijeron, porque el miedo habia entumecido su alma, y paralizado el movimiento de sus brazos.

Dejáronse cargar de cadenas, ellos y sus mugeres y sus hijos. Y los que habian dicho: Somos reyes, ahondaron una

gran sima, y en ella encerraron á todo el género humano, bien como se encierran las bestias en un establo.

Y el huracan barria las nubes, y retumbaba el trueno, y yo escuché una voz que decia: La serpiente ha vencido por segunda vez; no, empero, para siempre.

Despues nada oí, sino confusas voces, carcajadas, sollozos y blasfemias.

Y comprendí que debia haber un reinado de Satanás, antes del reinado de Dios. Y lloré y esperé.

Y la vision que tuve era verdadera, porque el reinado de Satanás se ha visto cumplido, y se verá tambien cumplido el reinado de Dios. Y los que han dicho: Somos reyes, se verán á su vez encerrados en la sima con la serpiente, y saldrá de ella el género humano; y será para él como otro nacimiento, como el tránsito de la muerte á la vida. Asi sea.

IV.

Hijos sois de un mismo padre, y la misma madre os ha amamantado. ¿Por qué, pues, no os amais los unos á los otros como hermanos? ¿Por qué os tratais mas bien como enemigos?

Aquel que no ama á su hermano, es siete veces maldecido; y aquel que se declara enemigo de su hermano, es maldecido setenta veces siete veces.

Por eso los tiranos de la tierra han sido maldecidos; no han amado á sus hermanos, y hánlos tratado como á enemigos.

Amaos los unos á los otros, y no tendréis que temer á los tiranos de la tierra.

Son fuertes contra vosotros porque

no estais unidos, porque no os amais como hermanos los unos á los otros.

No digais: Ese hombre es de un pueblo, y yo soy de otro pueblo. Porque los pueblos todos han tenido en la tierra el mismo padre, que es Adan, y tienen en el cielo el mismo padre, que es Dios.

Si lastimais un miembro, el cuerpo todo se resiente. Vosotros sois todos un mismo cuerpo: no es posible oprimir á uno de vosotros, sin que en él sean todos oprimidos.

Si un lobo se arroja sobre un rebaño, no lo devora todo entero de una asentada: hace presa de una oveja y la come. Mas tarde, renaciendo su apetito, ase de otra y la devora tambien, y asi hasta la última, porque renace su apetito sin cesar.

No seais pues como las ovejas, las cuales, cuando el lobo ha arrebatado una, se espantan un momento y tor-

nan de nuevo tranquilamente á pacer. Porque, presumen, acaso se contente con su primera ó con su segunda presa; y á mí, ¿qué se me puede dar de las que devore? Mas yerba tendré á mi disposicion.

En verdad, yo os lo digo: los que de ese modo piensan en el fondo de su alma, designados estan para ser pasto un dia de la bestia que vive de carne y de sangre.



V.

Cuando veis á un hombre conducido á la cárcel ó al suplicio, no os deis prisa á decir: Ese hombre es un malvado, que ha cometido un crímen contra los hombres.

Porque puede muy bien ser un hombre de bien, que ha querido servir á los hombres, y que se ve de ello castigado por sus opresores.

Cuando veis un pueblo cargado de cadenas y entregado al verdugo, no os deis prisa á decir: Ese pueblo es un pueblo violento que pretendia alterar la paz de la tierra.

Porque puede muy bien ser un pueblo mártir, que muere por la redencion del género humano.

Diez y ocho siglos hace, en una ciudad de Oriente, los pontífices y los reyes de aquel tiempo enclavaron sobre una cruz, despues de haberlo azotado, á un sedicioso, á un blasfemo, como le llamaban.

El dia de su muerte hubo grande espanto en el infierno, y sumo gozo en el cielo.

Porque la sangre del Justo habia salvado el mundo.



VI.

¿Por qué encuentran los animales su alimento, cada uno segun su especie? Porque ninguno entre ellos se apodera del de otro, y porque cada cual se contenta con satisfacer sus necesidades.

Si en la colmena dijese una abeja: Toda la miel que hay aqui me pertenece, y dicho esto se pusiese á disponer á su antojo del fruto del comun trabajo, ¿qué sería de las demas abejas?

La tierra es como una gran colmena, y los hombres son como abejas.

Cada abeja tiene derecho á la porcion de miel necesaria á su subsistencia; y si los hay entre los hombres que carecen de lo necesario, consiste en que

la justicia y la caridad han desaparecido de entre ellos.

La justicia es la vida, y la caridad es la vida tambien, y vida en verdad mas dulce y mas abundante.

Falsos profetas ha habido que han persuadido á algunos hombres que habian nacido los demas para ellos; y lo que estos han creido, hánlo creido tambien los demas sobre la palabra de los falsos profetas.

Cuando esta palabra de mentira hubo prevalecido, lloraron los ángeles en el cielo, porque previeron que iban á pesar sobre la tierra muchos males, grandes violencias y crímenes sin cuento.

Los hombres, iguales entre si, han nacido para Dios solo, y quien quiera que diga otra cosa, dice una blasfemia.

El que quiera ser mas grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el servidor de todos.

La ley de Dios es ley de amor, y el amor no se alza y encarama sobre los demas, si no que se sacrifica á los demas.

El que dice en el fondo de su corazon: Yo no soy como los demas hombres, sino que los demas hombres me han sido dados para que los mande y disponga de ellos y de lo que es de ellos á mi albedrío, ese es hijo de Satanás.

Y Satanás es el rey de este mundo, porque es el rey de cuantos piensan así y así proceden; y los que tal piensan y asi proceden, han venido á ser por sus consejos los señores del mundo.

Mas su imperio no tendrá mas que un tiempo, y ya tocamos al término de ese tiempo.

Daráse una gran batalla, y el ángel de la justicia y el ángel del amor pelearán por los que hayan empuñado las armas para restablecer entre los hombres el reinado de la justicia y el reinado del amor.

Y muchos morirán en la batalla, y quedará su nombre sobre la tierra como un rayo de la gloria de Dios.

Por eso, vosotros que padeceis, animaos, confortad vuestro corazon, porque mañana será el dia de la prueba, el dia en que cada uno habrá de dar con regocijo la vida por sus hermanos, y el que amanezca dia siguiente será el dia de la redencion.




TAYLOR INST. OXFORD

VII.

Cuando un árbol está solo, bátenle los vientos y desnúdanle de sus hojas; y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra.

Cuando una planta está sola, no hallando abrigo contra el ardor del sol, se seca, se marchita y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder le inclina hácia el suelo, y la ardiente codicia de los grandes de este mundo absorve la seva que le alimenta.

No imiteis pues á la planta ni al árbol que estan solos; empero unios los unos con los otros y allegaos y cobijaos mútuamente.

En tanto que viviéreis desunidos, y

que no pensare cada cual sino en sí, nada podeis esperar sino sufrimiento y dolor, desdicha y opresion.

¿Hay cosa mas débil que el gorrion y mas inerme que la golondrina? Cuando aparece, sin embargo, el ave de rapiña, las golondrinas y los gorriones logran ahuyentarla aunándose en derredor suyo y persiguiéndola de consuno.

Tomad ejemplo del gorrion y de la golondrina.

Á aquel que se separa de sus hermanos, síguele el temor cuando anda, siéntase á su lado cuando descansa, y ni aun durante el sueño le abandona.

Si os preguntan pues: ¿Cuántos sois? Responded: Somos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros, y nosotros nuestros hermanos.

Dios no ha criado ni pequeños, ni grandes, ni amos, ni esclavos, ni reyes, ni vasallos; si no que ha hecho á todos los hombres iguales.

Empero entre los hombres, háilos que tienen mas fuerza ó de cuerpo, ó de ánimo, ó de voluntad; y esos son quienes tratan de avasallar á los demas, cuando el orgullo ó la codicia sofoca en ellos el amor de sus hermanos.

Y Dios sabia que habia de ser asi, y por eso mandó á los hombres que se amasen, á fin de que estuviesen unidos, y de que los débiles no cayesen jamas bajo la opresion de los fuertes.

Porque aquel que es mas fuerte que uno solo, será menos fuerte que dos; y aquel que es mas fuerte que dos, será menos fuerte que cuatro; y de esa suerte nada temerán los débiles, cuando amándose los unos á los otros, esten sinceramente unidos.

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó á un sitio en que un enorme peñasco, que se habia desgajado sobre el camino, le llenaba y obstruia, y fuera de aquel camino no habia otra

salida, ni á derechá ni á izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podia proseguir el viaje comenzado, á causa del peñasco, probó á moverle para abrirse paso, y fatigóse mucho en aquel trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentóse agoviado de tristeza, y dijo: ¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan á buscar su presa?

Y estando embebido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual habiendo hecho lo que habia hecho el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentóse taciturno é inclinó la cabeza.

Y despues de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenian.

Por fin uno de ellos dijo á los de-

mas: Hermanos mios, enderecemos nuestros ruegos á nuestro Padre comun que está en el cielo: tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oraron de corazon al Padre comun que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que habia dicho: Oremos, dijo tambien: Hermanos mios, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si lo harémos todos juntos?

Y pusiéronse en pie, y todos á una empujaron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra á cada paso en su camino.

Ningun hombre podria remover solo ese peñasco; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamas á aquellos que viajan juntos.

VIII.

En el principio el trabajo no era necesario al hombre para vivir: la tierra proveia ella misma á sus necesidades todas.

Empero el hombre delinquió; y como se habia revelado contra Dios, revelóse la tierra contra él.

Aconteciòle lo que acontece al mancebo que se alza contra su padre; el padre le niega su amor y le abandona; y los familiares de su casa se niegan á servirle, y vase buscando de aqui para alli su pobre vida, y comiendo el pan ganado con el sudor de su rostro.

De entonces, pues, Dios ha condenado á todos los hombres al trabajo, y todos tienen su tarea de cuerpo ó de

ánimo, y los que dicen: Yo no trabajaré, esos son los mas miserables.

Porque bien asi como devoran los gusanos un cadáver, los devoran los vicios á ellos, y sino los vicios el fastidio.

Y cuando Dios quiso que el hombre trabajase, ocultó un tesoro en el trabajo, porque es Padre, y el amor de un padre es infinito.

Y para aquel que hace buen uso de ese tesoro y no le disipa insanamente, llega un tiempo de reposo, y entonces viene á estar como estaban los hombres en el principio.

Y dióles Dios tambien este precepto: Ayudaos los unos á los otros, porque entre vosotros los hay mas fuertes y mas débiles, sanos y enfermos; todos, empero, tienen que vivir.

Y si obrais asi, todos viviréis, porque yo premiaré la piedad que de vuestros hermanos hubiereis tenido, y yo fecundaré vuestro sudor.

Y lo que Dios ha prometido se ha visto siempre realizado, y nunca se ha visto faltar el pan al que ayudó á sus hermanos.

Hubo, empero, en otro tiempo un hombre malo y maldecido del cielo. Y este hombre era fuerte y aborrecia el trabajo; de suerte que dijo para sí: ¿Cómo me valdré? Si no trabajo habré de perecer, y me es sin embargo el trabajo insoportable.

Entróle entonces en el corazon un pensamiento del infierno. Fuése de noche, y asió de algunos de sus hermanos en tanto que dormian, y cargólos de cadenas.

Porque, decia él, yo los forzaré con el látigo y el azote á trabajar para mi, y yo comeré el fruto de su trabajo.

É hízolo como lo habia pensado; visto lo cual por otros, hicieron otro tanto, y de entonces mas dejó de haber hermanos: hubo amos y esclavos.

Ese dia fue dia de luto sobre toda la redondez de la tierra.

Mucho tiempo despues hubo otro hombre mas malo que el primero, y mas maldecido del cielo.

Viendo que los hombres se habian multiplicado por todas partes, y que era su muchedumbre innumerable, dijo para sí:

Acaso podré aherrojar á algunos y obligarlos á trabajar para mí: empero será fuerza alimentarlos, y esto aminorará mi ganancia. Hagámoslo mejor. ¡Que trabajen de valde! Morirán en verdad; pero como su número es grande, yo habré acumulado riquezas antes de que se hayan disminuido demasiado, y siempre quedarán bastantes.

Pero toda aquella muchedumbre vivia de lo que recibia en trueque de su trabajo.

Habiéndose hablado á sí mismo de aquella suerte, abocóse en particular

con algunos, y dijoles: Vosotros trabajais seis horas, y os dan una moneda por vuestro trabajo.

Trabajad doce horas, y ganaréis dos monedas, y viviréis mas anchos vosotros, vuestras mugeres y vuestros hijos.

Y ellos le creyeron.

Dijoles en seguida: Vosotros no trabajais mas que la mitad de los dias del año; trabajad todos los dias, y vuestra ganancia será doble.

Y creyéronle tambien.

Aconteció de aqui, que habiéndose aumentado en un duplo la cantidad de trabajo, sin que fuese mayor la necesidad de trabajo, la mitad de aquellos que vivian antes de su tarea, no hallaron quien los emplease.

Entonces el hombre malo á quien habian creido, les dijo: Yo os daré trabajo á todos, con la condicion de que habréis de trabajar el mismo tiempo, y yo no os pagaré mas que la mitad de lo

que antes os pagaba, porque quiero, sí, haceros favor, mas no arruinarme.

Y como tenian hambre, ellos, sus mugeres y sus hijos, aceptaron la proposicion del hombre malo, y le bendijeron; porque, decian ellos, nos da la vida.

Y prosiguiendo en engañarlos de la misma suerte, el hombre malo aumentó de dia en dia su trabajo, y disminuyó cada vez mas su salário.

Y morianse de necesidad; mas otros se apresuraban á reemplazarles, porque la indigencia habia llegado á ser tan grande en el pais, que se vendian las familías enteras por un pedazo de pan.

Y el hombre malo que habia mentido á sus hermanos, acumuló mas riquezas que el hombre malo que los habia encadenado.

Este tiene por nombre tirano: el otro no tiene nombre sino en el infierno.

IX.

Estais en este mundo como estrangeros.

Tomad hácia el Norte ó hácia el Mediodia, hácia el Oriente ó hácia el Occidente; donde quiera que os detengais encontraréis alguien que os espulsará, diciendo: Este campo es mio.

Y despues de haber recorrido todos los paises, volveréis habiendo aprendido que no hay en parte alguna un rincon de tierra donde vuestra muger pueda dar á luz su primogénito, donde podais descansar, acabada vuestra tarea, y en el cual, llegada vuestra última hora, puedan vuestros hijos enterrar vuestros huesos, como en sitio que os pertenezca.

Gran miseria es está en verdad.

Empero no debeis apocaros; porque está escrito de aquel que salvó al género humano:

El zorro tiene su guarida, las aves del aire tienen su nido, pero el hijo del Hombre no tiene donde apoyar su cabeza.

Háse hecho pobre, empero, para enseñaros á soportar la pobreza.

No que venga la pobreza de Dios, sino que antes es secuela de la corrupcion y de las malas codicias de los hombres; y hé aqui por qué habrá pobres eternamente.

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen está en cada hombre, y de la servidumbre, cuyo germen está en cada sociedad.

Pobres habrá siempre, porque el hombre no destruirá en sí jamás el pecado.

Pero cada vez habrá menos pobres, porque la servidumbre irá poco á poco desapareciendo de la sociedad.

¿Quereis destruir la pobreza? Procurad destruir el pecado, primeramente en vosotros mismos, en los otros despues, y la servidumbre en la sociedad.

No es tomando lo que á otro pertenece como se puede destruir la pobreza; porque ¿de qué suerte, haciendo pobres, podria disminuirse el número de los pobres?

Cada uno tiene el derecho de conservar lo que posee, y sin eso nadie poseeria nada.

Empero cada uno tiene tambien el derecho de adquirir con su trabajo lo que no tiene, y sin eso sería eterna la pobreza.

Emancipad, pues, vuestro trabajo, emencipad vuestros brazos, y no será de entonces mas la pobreza entre los hombres sino una escepcion permitida por Dios para recordarles la fragilidad de su naturaleza, y el mútuo apoyo, y el amor que los unos se deben á los otros.

X.

Cuando gemia la tierra toda en la espectativa de su salvacion, alzóse una voz en la Judea, la voz de aquel que venia á padecer y á morir por sus hermanos, y de aquel á quien por desprecio llamaban algunos el Hijo del carpintero.

El Hijo, pues, del carpintero, pobre y abandonado en el mundo, decia:

"Venid á mí, vosotros todos los que gemís bajo el peso del trabajo, y yo os reanimaré."

Y desde entonces hasta el dia ninguno de los que han creido en él ha dejado de encontrar alivio en su miseria.

Para curar los males que afligen á los hombres, predicábales á todos la

justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad, que es la consumacion de la justicia.

Ahora bien, la justicia ordena respetar el derecho de otro, y algunas veces prescribe la caridad que ceda uno el suyo propio en beneficio de la paz, ó de otro cualquier bien.

¿Qué sería el mundo si cesase de reinar el derecho en él; si no gozase cada cual seguridad personal, y no disfrutase sin temor de lo que es suyo?

Mas valiera vivir en el fondo de los bosques, que en sociedad de tal suerte entregada al latrocinio.

Lo que tomeis hoy, otro os lo tomará mañana. Serán los hombres mas miserables que las aves del cielo, á quienes las otras aves de su especie no roban el alimento, ni arrebatan el nido.

¿Qué cosa es un pobre? Es aquel que no tiene todavia propiedad.

¿Qué anhela? Dejar de ser pobre,

es decir, adquirir una propiedad.

Empero aquel que roba y que saquea, ¿qué otra cosa hace sino anular, en cuanto de su parte puede, el derecho mismo de propiedad?

Robar, saquear es pues así atacar al pobre como al rico: es trastornar el fundamento de toda sociedad entre los hombres.

Quien quiera que nada posee, no puede llegar á poseer sino en cuanto á que otros poseen ya; pues que estos solamente pueden darle algo en cambio de su trabajo.

El orden es bien, es interes de todos.

No lleguéis vuestros labios á la copa del crimen: en el fondo está el amargo desengaño, y la agonía y la muerte.

XI.

Yo habia visto los males que pesan sobre la tierra, el débil oprimido, el justo mendigando su pan, ensalzado el malvado á los honores, y rebosando riquezas, condenado el inocente por jueces inicuos, y errantes sus hijos á la intemperie.

Y mi alma yacia triste, y derramábase de ella la esperanza como de vasija rompida.

Y envióme Dios profundo sueño.

En mi sueño vi una manera de forma luminosa, en pie delante de mí, un Espíritu cuya mirada dulce y perspicaz penetraba hasta el fondo de mis mas secretos pensamientos.

Y estremecíme, no de temor, ni de

gozo, sino como de una sensacion, mezcla inesplicable y espresion de uno y de otro.

Y díjome el Espíritu: ¿Por qué estás triste?

Y respondí con lágrimas en los ojos: ¡Oh! mirad y ved los males que pesan sobre la tierra.

Y dióse á reir la figura celestial con inefable sonrisa; y llegaron estas palabras á mis oidos:

Tu vista nada distingue sino al través de ese prisma engañador que llaman las criaturas tiempo. El tiempo no existe sino para vosotros: para Dios no hay tiempo.

Y yo callaba, porque nada comprendia.

Y de repente el Espíritu: Mira, me dijo.

Y no habiendo ya de entonces mas para mí ni antes, ni despues, en un punto mismo vi, y á la vez, lo que en

su lengua mísera y mezquina designan los mortales con los nombres de pasado, presente y porvenir.

Y todo era uno, y para decir con todo lo que vi, fuerza me es descender de nuevo al seno del tiempo, fuerza me es hablar la lengua mísera y mezquina de los hombres.

Y todo el género humano me parecia como un solo hombre.

Y ese hombre habia hecho mucho mal, poco bien, habia esperimentado muchos dolores, pocas alegrías.

Y paraba allí, yaciendo en su miseria, sobre una tierra ora yerta, ora abrasada, flaco, hambriento, doliente, agoviado de una languidez interrumpida solo por convulsiones, abrumado de cadenas forjadas en la morada infernal.

Su diestra mano habia cargado con ellas su mano izquierda, y la izquierda habia cargado á la derecha, y en medio de sus malos ensueños, habíase de tal

suerte rodeado en sus propios hierros, que estaba de ellos y con ellos su cuerpo entero cubierto y aherrojado.

Porque en cuanto le tocaban solamente, pegábanse á su piel como plomo hirviente, entraban en las carnes y no salian mas de ellas.

Y aquel era el hombre: lo reconoci.

Y hé aqui que un rayo de luz emanaba del Oriente, y un rayo de amor del Mediódia, y un rayo de fuerza del Septentrion.

Y esos tres rayos confluyeron en el corazon de aquel hombre.

Y cuando el rayo de luz partió, dijo una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, sepas lo que saber debes.

Y cuando partió el rayo de amor, otra voz dijo: Hijo de Diós, hermano del Cristo, ama lo que amar debes.

Y cuando el rayo de fuerza surgió, dijo tambien una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, haz lo que hacer se debe.

Y cuando se hubieron confundido en uno los tres rayos, uniéronse tambien las tres voces, y formóse de ellas una sola, que dijo:

Hijo de Dios, hermano del Cristo, sirve á Dios, y no sirvas mas que á él.

Y entonces, lo que hasta aquel punto no me habia parecido sino un solo hombre, apareció á mi vista como multitud de pueblos y de naciones.

Y no me habia engañado mi primera ojeada, ni menos me engañaba la segunda.

Y aquellos pueblos y naciones, despertando sobre su lecho de dolor, comenzaron á decirse:

¿De dónde proceden nuestros padecimientos y nuestra languidez; y el hambre y la sed que nos atormentan, y las cadenas que nos encorvan hácia el suelo y entran en nuestras carnes?

Y despejóse su entendimiento, y comprendieron que los hijos de Dios,

los hermanos del Cristo no habian sido condenados por su padre á la esclavitud, y que esta esclavitud era la fuente de todos sus males.

Cada cual pues probó á romper sus hierros, ninguno emperó lo logró.

Y miráronse los unos á los otros con gran lástima, y obrando el amor en ellos, dijéronse; El mismo pensamiento tenemos todos; ¿por qué no hemos de tener el mismo ánimo? ¿No somos todos los hijos del mismo Dios y los hermanos del mismo Cristo? Salvémonos, ó muramos juntos.

Y habiendo dicho esto, sintieron dentro de sí un vigor divino, y yo oí sus cadenas crujir, y pelearon seis dias contra los que los habian encadenado, y el sesto dia quedaron vencedores, y fue el séptimo su dia de descanso.

Y la tierra, que estaba seca ya, tornó á reverdecer y brotar, todos pudieron comer de sus frutos, é ir y venir

sin que les dijese nadie: ¿Adónde vais? Por aqui no se pasa.

Y los pequeñuelos cogian flores y traíanlas á sus madres, quienes dulcemente les sonreian.

Y ya no habia ni pobres, ni ricos, sino que en abundancia tenian todos las cosas necesarias, porque se amaban todos y ayudábanse como hermanos.

Y una voz como de ángel resonó en los cielos: ¡Gloria á Dios, diciendo, que ha dado la inteligencia, el amor, la fuerza á sus hijos! ¡Gloria al Cristo, que ha devuelto la libertad á sus hermanos!



XII.

Cuando alguno de vosotros padece una injusticia, cuando, en medio de su camino, le derriba el opresor, y le pone el pie encima, si se queja, nadie le oye.

El grito del pobre sube hasta Dios, empero no llega á oidos del hombre.

Héme preguntado yo: ¿De dónde procede este mal? ¿Por ventura el que ha criado asi el pobre como el rico, el débil como el poderoso, habria querido quitar á los unos todo género de temor en sus iniquidades, y á los otros todo género de esperanza en su miseria?

Y he visto que este pensamiento era horrible, y blasfemia contra Dios.

Porque cada uno de vosotros no ama sino á sí mismo; porque se separa de sus

hermanos, porque está y quiere estar solo, por eso no es su quejido escuchado.

Durante la primavera, cuando todo se reanima, sale de entre la yerba un ruido que se alza como murmullo prolongado.

Ese ruido, compuesto de tantos ruidos que fuera imposible contarlos, es la voz de multitud innumerable de pequeñuelos y mezquinos seres imperceptibles.

Sola y aislada, ninguna de ellas fuera oida: todas juntas, empero, hácense oir.

Vosotros tambien estais ocultos debajo de la yerba; ¿porqué no sale de entre ella voz ninguna?

Cuando se trata de vadear una corriente rápida, fórmanse entre muchos dos hileras á lo largo, y de esa suerte aunados, los que solos y separados de los demas no hubieran podido resistir el ímpetu de las aguas, las vencen sin dificultad.

Haced asi vosotros, y rompereis la corriente de la iniquidad, que aislados os arrastra y os arroja hechos pedazos en la orilla.

Sean tardías vuestras determinaciones, pero firmes. No os entregueis ni á un primer, ni á un segundo movimiento.

Antes, si contra vosotros se ha cometido injusticia, comenzad por lanzar del pecho todo sentimiento de odio, y alzando luego las manos y los ojos al cielo, decid á vuestro Padre comun:

Señor, vos sois el protector del inocente y del oprimido: porque vuestro amor ha creado el mundo, y vuestra justicia le gobierna.

Vos quereis que reine sobre la tierra, y el malvado opone su voluntad torcida.

Por eso hemos determinado pelear con el malvado.

¡Dad, ó Padre, consejo á nuestro entendimiento, y fuerza á nuestros brazos!

Cuando de esta suerte hayais orado desde el fondo de vuestra alma, pelead y no temais.

Si parece la victoria alejarse de vosotros, es solo una prueba; ella volverá; porque vuestra sangre será como la sangre de Abel degollado por Cain, y vuestra muerte como la muerte de los mártires.



XIII.

Era una noche sombría; un cielo sin astros pesaba sobre la tierra, como una losa de mármol negro sobre un sepulcro.

Y nada turbaba el silencio de esta noche, sino era un rumor estraño, como un ligero aleteo que de vez en cuando se oia sobre las campiñas y los pueblos:

Y espesábanse entonces las tinieblas, y cada cual sentia oprimirsele el alma y correr hielo por sus venas.

Y en una sala tendida de negro y alumbrada por una lámpara roja, siete hombres vestidos de púrpura, y ceñida en la cabeza una corona, veíanse sentados sobre siete asientos de hierro.

Y se elevaba en medio de la sala un

trono, de huesos edificado, y al pie del trono un Crucifijo derribado; y delante del trono una mesa de ébano, y sobre la mesa un vaso lleno de sangre roja y espumosa, y un cráneo.

Y los siete hombres coronados parecian pensativos y tristes, y desde el fondo de su honda órbita, sus ojos de vez en cuando destellaban chispas de un fuego lívido.

Y alzándose uno de ellos, acercóse al trono vacilando, y puso el pie sobre el Crucifijo.

En aquel momento sus miembros temblaron, y pareció como que iba á fallecer. Mirábanle los demas inmóviles; no se movieron en verdad, pero pasó sobre su frente no sé qué, y una sonrisa que no era sonrisa humana contrajo sus labios.

Y aquel, que habia parecido próximo á desmayar, estendió su mano, asió del vaso lleno de sangre, derramóla en el cráneo y bebiólo.

Y pareció aquel brevage reanimarle.

Y alzando la cabeza, salió este grito de su pecho con bronco sonido y destemplado:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traido á la tierra la libertad!

Y los otros seis hombres coronados alzáronse todos á la vez, y exhalaron todos á la vez el mismo grito:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traido á la tierra la libertad!

Dicho lo cual, tornáronse á sentar sobre sus asientos de hierro, y dijo el primero:

Hermanos mios, ¿qué harémos para ahogar la libertad? Porque nuestro imperio habrá espirado, si comienza el suyo. Nuestra causa es la misma: proponga pues cada cual lo que mas acertado le parezca.

Hé aqui por mi parte el consejo que me ocurre:

Antes de que el Cristo viniese, ¿quién

osaba alzar la frente en nuestra presencia? Su religion nos ha perdido. Destruyamos la religion del Cristo.

Asi es la verdad. Destruyamos la religion del Cristo.

Y adelantóse otro hácia el trono: tomó el cráneo; derramó sangre en él, y dijo en seguida:

No tan solo hemos de destruir la religion, sino tambien la ciencia y el pensamiento: porque la ciencia pugna por saber lo que no es bueno para nosotros que el hombre sepa, y el pensamiento está siempre dispuesto á revelarse contra la fuerza.

Y respondieron todos: Es verdad. Destruyamos la ciencia y el pensamiento.

Y habiendo hecho lo que habian hecho los dos primeros, dijo un tercero:

Cuando hayamos sumergido de nuevo á los hombres en el embrutecimiento quitándoles la religion, la ciencia y el pensamiento, habrémos hecho mucho

en verdad, empero algo nos quedará todavía por hacer.

El bruto tiene instintos y simpatías peligrosas. Es preciso que ningun pueblo oiga la voz de otro pueblo, por temor de que si uno se queja y rebulle, no esperimente otro tentaciones de imitarle. No penetre pues en nuestra casa ningun rumor de la del vecino.

Y respondieron todos: ¡Es verdad! No penetre en nuestra casa ningun rumor de la del vecino.

Y el cuarto: Nosotros tenemos nuestro interes, y el suyo tambien los pueblos opuesto al nuestro. Si se unen para defender contra nosotros ese interes, ¿cómo les resistirémos?

Dividamos para reinar. Creémos en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, un interes contrario al de las otras aldeas, al de las otras ciudades, al de las otras provincias.

De esta suerte se aborrecerán todos, y

no pensarán en armarse contra nosotros.

Y respondieron los demas: Es verdad. Dividamos para reinar; su concordia es nuestra muerte.

Y el quinto, habiendo derramado sangre dos veces, y dos veces apurado el cráneo:

Bien por esos medios; son buenos, pero no bastan. Cread brutos en buen hora; bien; amedrentad empero esos brutos, aterradlos con una justicia inexorable, y con atroces suplicios, si no quereis tarde ó temprano ser por ellos devorados. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y los demas: Es verdad. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y el sesto: Confieso la ventaja de los suplicios prontos, terribles, inevitables. Hay con todo almas fuertes y desesperadas que arrostran los suplicios.

¿Quereis gobernar facilmente á los

TAYLOR INST. OXFORD

hombres? Debilitadlos por medio del placer. La virtud no sirve á nuestro intento, porque alimenta la fuerza: agotémosla mas bien con la corrupcion.

Y respondieron todos: Es verdad. Agotemos la fuerza y la energía y el valor con la corrupcion.

El séptimo entonces, habiendo como los demas bebido en el cráneo humano, habló en estos términos, puestos los pies sobre el Crucifijo: No mas Cristo: guerra á muerte, guerra sin fin entre él y entre nosotros.

¿Cómo segregar los pueblos de él? Es tentativa inútil. ¿Qué haremos? Escuchadme: es preciso hacer nuestros los sacerdotes del Cristo, con bienes, con honores, con poder.

Y ellos impondrán al pueblo, en nombre del Cristo, que nos vivan sometidos en todo, hagamos lo que hagamos, y mandemos lo que mandemos.

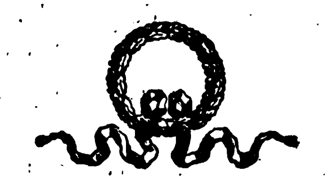
Y el pueblo los creerá y por concien-

cia obedecerá, y quedará nuestro poder mas asegurado que antes.

Y respondieron todos: Es verdad. Hagamos nuestros los sacerdotes del Cristo.

Y apagóse de repente la lámpara que alumbraba la sala, y separáronse los siete hombres en las tinieblas.

Entonces fuéle dicho á un justo, que á la sazon velaba y oraba delante de la cruz: Mi dia se acerca. Adora y nada temas.



XIV.

Y al través de una niebla parda y pesada vi, como se ve en la tierra á la hora del crepúsculo, una llanura desnuda, desierta y fria.

Alzábase en medio un peñasco, de donde gota á gota se destilaba una agua negra, y el débil ruido y sordo de las gotas que acompasadas caian era el único ruido que se oyese.

Y siete veredas, despues de haber culebreado en la llanura, venian á morir en el peñasco; y cerca del peñasco, á la entrada de cada uno, hallábase una piedra entapizada de una cosa húmeda y verde, parecida á la baba de un reptil.

Y hé aqui que de pronto, por una de las veredas, divisé una sombra que

lentamente se movia; y poco á poco acercándose la sombra, distinguí, no ya un hombre, sino la semejanza de un hombre.

Y en el lugar del corazon, tenia la figura humana una mancha de sangre.

Y sentóse sobre la piedra húmeda y verde, y sus miembros temblaban, é inclinada la cabeza, apretábase con sus propios brazos, como queriendo retener un resto de calor.

Y por las otras seis veredas, otras seis sombras fueron sucesivamente llegando al pie del peñasco.

Y cada una de ellas, trémula y apretándose con sus brazos, fuese sentando sobre la piedra húmeda y verde.

Y estaban alli silenciosas y encorvadas bajo el peso de incomprensible agonia.

Y duró su silencio largo espacio, no sé cuánto tiempo, porque nunca sale el sol sobre la llanura aquella: ni hay no-

che allí, ni hay mañana. Las gotas del agua negra miden y comparten solas, cayendo, una duracion monótona, oscura, pesada, eterna.

Y era esto tan horrible, que si Dios no me hubiera dado fuerzas, hubiéranme faltado para verlo.

Y despues de una especie de estremecimiento convulsivo, una de las sombras, enderezando su cabeza, produjo un sonido semejante al sonido ronco y seco del viento que sacude un esqueleto.

Y el peñasco rebotó estas palabras hasta mi oido:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y las otras seis sombras se estremecieron, y alzando á la vez todas la cabeza, salió de su pecho la blasfemia misma.

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y fueron al punto sobrecogidas de temor mas fuerte, se espesó la niebla, y por corto espacio cesó el agua negruzca de caer.

Y las siete sombras habian sucumbido de nuevo al peso de su secreta agonía, y hubo un silencio profundo mas largo que el primero.

Una de ellas en seguida, sin alzarse de la piedra, inmóvil é inclinada, dijo á las demas:

Háos pues sucedido como á mí. ¿De qué nos han servido nuestros consejos?

Y otra repuso: La fé y el pensamiento han roto las cadenas de los pueblos: la fé y el pensamiento han emancipado la tierra.

Y dijo otra: Queriamos dividir á los hombres, y nuestra opresion los ha unido contra nosotros.

Y otra: Hemos derramado la sangre, y ha recaido esta sangre sobre nuestras cabezas.

Y otra: Hemos sembrado la corrupcion, y ha germinado entre nosotros, y ha devorado nuestros huesos.

Y otra: Hemos creido sofocar la li-

bertad, y su soplo ha secado nuestro poder hasta en sus raices.

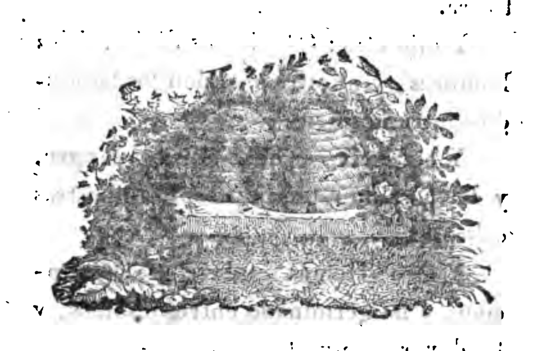
La séptima sombra entonces:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y todas á una voz:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y vi entonces una mano adelantándose: humedeció el dedo en el agua negruzca, cuyas gotas miden cayendo la eterna duracion, marcó en la frente á las siete sombras, y fué para siempre.



XV.

No teneis que pasar mas que un dia sobre la tierra: haced por pasarlo en paz.

La paz es fruto del amor: porque para vivir en paz, es preciso saber soportar muchas cosas.

Nadie es perfecto, todos tienen sus defectos: cada hombre es pesado á los demas, y solo el amor puede tornar leve ese peso.

Si no podeis soportar á vuestros hermanos, ¿cómo podrán soportaros vuestros hermanos á vosotros?

Escrito está del Hijo de María: Como habia amado á los suyos, que eran en el mundo, amólos hasta el fin.

Amad pues á vuestros hermanos que son en el mundo, y amadlos hasta el fin.

El amor es incansable. El amor es inagotable: vive y renace de sí propio, y tanto mas se comunica, tanto mas crece.

El que se ama á sí mismo mas que á su hermano no es digno del Cristo, muerto por sus hermanos. Habeis dado ya vuestros bienes, dad tambien vuestra vida; el amor os lo devolverá todo.

Yo os lo digo en verdad, el corazon del que ama es un paraiso en la tierra. Lleva á Dios en sí, porque Dios es todo amor.

El hombre vicioso no ama, sino codicia: tiene hambre y sed de todo; su mirar, como el mirar de la serpiente, fascina y atrae, empero para devorar.

El amor descansa en el fondo de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de una flor.

¡Oh si supiérais lo que es amar!

Decís que amais, y muchos de vuestros hermanos estan sin pan con que

sostener su vida, sin ropas con que cubrir su desnudez, sin techo que los abrigue, sin un puñado tal vez de paja para dormir encima, en tanto que teneis las cosas todas en abundancia.

Decis que amais, y hay en gran número enfermos que desfallecen, privados de socorros, sobre pobre estera, desdichados que lloran sin que llore nadie con ellos, párvulos que se andan pasados del frio, pidiendo de puerta en puerta á los ricos una migaja de su mesa, y pidiéndola en vano.

Decis que amais á vuestros hermanos. ¿Qué otra cosa hariais pues si los aborrecieseis?

Yo os lo digo: quien quiera, que pudiendo, no alivia á su hermano doliente, es el enemigo de su hermano; y quien quiera, que pudiendo, no alimenta á su hermano hambriento, es su asesino.

XVI.

Hombres hay que no aman á Dios, y que no le temen: huid de ellos, porque de ellos sale un vapor de maldicion.

Huid del impío, porque su aliento mata: empero no le aborrezcais, porque ¿quién sabe si Dios no ha mudado ya su corazon?

El hombre que aun de buena fé dice: No creo, suele engañarse. Existe allá dentro en el alma, en el fondo mismo del alma, una raiz de fé que no se marchita nunca.

La palabra que niega á Dios abrasa los labios por donde pasa, y la boca que se abre para blasfemar es una boca del infierno.

El impío está solo en el universo.

Todas las criaturas alaban á Dios, todo lo que siente le bendice, todo lo que piensa le adora: el astro del dia y el de la noche le cantan en su lengua misteriosa.

Dios ha escrito en el firmamento su nombre tres veces Santo.

Gloria á Dios en las alturas de los cielos.

Hálo escrito tambien en el corazon del hombre, y el hombre bueno le conserva alli con amor; otros tratan empero de borrarle.

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Dulce es su sueño, y su muerte aun mas dulce, porque saben que vuelven al seno de su Padre.

Bien asi como el pobre labrador, al caer del dia, deja el campo, y vuelve á su choza, y sentado delante de la puerta, olvida sus fatigas mirando al cielo; asi, al anochecer de la vida, el hombre

de esperanza torna con regocijo á la casa paterna, y sentado en el lintel, olvida las penalidades del destierro en las visiones de la eternidad.



XVII.

Dos hombres eran vecinos, y tenia cada uno de ellos una muger y varios hijos pequeños, y solo su trabajo para mantenerlos.

Y el uno de esos hombres se inquietaba, diciendo: Si muero ó si enfermo, ¿qué vendrá á ser de mi muger y de mis hijos?

Y este pensamiento no le abandonaba, y roia su corazon como roe un gusano la fruta en que está escondido.

Ahora bien, igual pensamiento habia ocurrido tambien al otro padre, mas no se habia detenido en él; porque, decia él: Dios, que conoce sus criaturas todas y que vela sobre ellas, velará tambien sobre mi, y sobre mi muger y mis hijos.

Y este vivia tranquilo, en tanto que el primero no gozaba un instante de reposo, ni interiormente de alegría.

Un dia, que trabajaba en el campo, triste y abatido á causa de su temor, vió unos pájaros que entraban en unas matas, y que salian, y que tornaban despues.

Y habiéndose acercado, vió dos nidos, al lado uno del otro, y en cada uno sendos pajarillos recien salidos del huevo, y sin plumas todavía.

Y, cuando hubo vuelto á su faena, alzaba de vez en cuando los ojos, y miraba á aquellos pájaros, que iban y que venian, llevando el alimento á sus pequeños.

Mas hé aqui que de pronto, y á la sazon que volvia una de las madres con provisiones en el pico, ásela un buitre, y la arrebata, y la mísera madre, porfiando en valde por desasirse de sus garras, lanzaba agudos chillidos.

Esto visto, el hombre que trabajaba sintió su alma mas conturbada que de primero; porque, presumia él, la muerte de la madre, es la muerte de los hijos.

Asi tambien los mios á nadie tienen sino á mí. ¿Que será de ellos, si les falto?

Y el dia entero anduvo triste y sombrío, y á la noche no durmió.

A la mañana, de vuelta al campo, se dijo: Quiero ver los hijuelos de esa pobre madre: algunos habrán perecido ya. Y encaminóse hácia las matas.

Y mirando, vió sanos y tranquilos los pequeñuelos: ninguno parecia haber sufrido.

Y habiéndole esto admirado, ocultóse para observar cuanto pasase.

Y tanscurrido breve plazo, oyó un suave grito, y vió á la segunda madre, que á toda prisa traía el alimento que habia recogido, y lo distribuyó entre todos los pajarillos indistintamente, y para todos

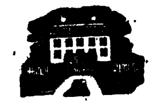
hubo, y no quedaron los huérfanos abandonados en su miseria.

Y el padre que habia desconfiado de la Providencia, refirió por la noche al otro padre cuanto habia visto.

Y díjole este: ¿Por qué inquietarse? Nunca abandona Dios á los suyos. Su amor encierra secretos que no conocemos. Creamos, esperemos, amemos, y prosigamos en paz nuestro camino.

Si muero antes que vos, vos seréis el padre de mis hijos; si morís antes que yo, yo seré el padre de los vuestros.

Y si uno y otro morimos antes de que esten en edad de proveer ellos mismos á sus necesidades, tendrán por padre al Padre comun que está en el cielo.



XVIII.

Cuando habeis orado ¿no sentís vuestro corazon mas aliviado, y vuestra alma más contenta?

La oracion torna la afliccion menos dolorosa, y el gozo mas puro: préstale á aquella dulzura y cordiales, y á este un perfume celeste.

¿Qué haceis en la tierra? ¿no teneis nada que pedir al que os puso en ella?

Sois un viajero que busca su patria.

No camineis con la cabeza inclinada: es preciso levantar los ojos para reconocer el camino.

Vuestra patria es el cielo; y cuando mirais al cielo ¿no pasa nada dentro de vosotros? ¿no os agita ningun deseo? ¿ó es mudo por ventura ese deseo?

Háilos que dicen: ¿Para qué orar? Dios es harto superior á nosotros para escuchar tan mezquinas criaturas.

¿Mas quién ha hecho esas mezquinas criaturas, quién les ha dado el sentido, y el pensamiento, y la palabra; sino Dios?

Y si tan bueno ha sido para con ellas, ¿era por ventura para abandonarlas despues y rechazarlas lejos de sí?

En verdad, yo os lo digo, todo aquel que dice en su corazon que Dios desprecia sus obras, blasfema á Dios.

Otros hay que dicen: ¿A qué fin orar? ¿no sabe Dios por ventura mejor que nosotros lo que nos hace falta?

Dios sabe mejor que vosotros lo que os hace falta, y por eso mismo quiere que le pidais; porque Dios es él mismo, y todo él vuestra primera necesidad, y rogar á Dios, es empezar á poseer á Dios.

El padre conoce las necesidades de

su hijo. ¿Y será bueno sin embargo que solo por eso no tenga nunca el hijo dispuesta una palabra de súplica y una accion de gracias para su padre?

Cuando los animales sufren, cuando temen, ó cuando padecen hambre, lanzan gritos lastimeros. Esos gritos son el ruego que dirigen á Dios, y Dios los escucha. Por ventura, ¿sería el hombre en la creacion el único ser cuya voz no hubiese de elevarse nunca hasta el Criador?

A veces pasa sobre las campiñas un viento que seca las plantas, y vénse entonces sus vástagos marchitos inclinarse hácia la tierra; humedecidos, empero, por el rocío, recobran su frescura, y alzan de nuevo su lánguida cabeza.

Siempre existen vientos abrasadores que pasan sobre el alma del hombre, y la marchitan. La oracion es el rocío que la reanima.

XIX.

No teneis mas que un Padre, que es Dios, ni mas que un Señor, que es el Cristo.

Cuando se os diga pues de aquellos que ejercen sobre la tierra gran poder: Hé ahí vuestros señores, no lo creais. Si son justos, son vuestros servidores; si injustos, vuestros tiranos.

Todos nacen iguales; ninguno al nacer al mundo trae consigo el derecho de mandar.

En una cuna he visto un niño llorando y babeando, y ancianos en derredor suyo que le decian: Señor; y que de rodillas le adoraban. Y he comprendido toda la miseria del hombre.

El pecado es quien ha hecho los

príncipes, porque en vez de amarse y de ayudarse como hermanos, han comenzado los hombres á perjudicarse los unos á los otros.

Entonces escogieron uno ó varios, á quienes creian los mas justos, á fin de proteger á los buenos contra los malos, y que pudiese el débil vivir en paz.

Y era el poder que ejercian un poder legítimo, porque era el poder de Dios, que quiere que reine la justicia y el poder del pueblo que los habia elegido.

Y por eso obligado estaba cada uno en conciencia á obedecerlos.

Pero no tardaron algunos en querer reinar por sí mismos, como si hubieran sido de naturaleza superior á la de sus hermanos.

El poder de estos no es legítimo, porque es el poder de Satanás, y su imperio es el imperio del orgullo y de la codicia.

Y por eso, cuando haya de resultar un mal mayor, cada cual puede y debe en conciencia resistirles.

En la balanza del derecho eterno, vuestra voluntad pesa mas que la voluntad de los reyes; porque los pueblos son los que hacen los reyes, y son hechos los reyes para los pueblos, y no los pueblos para los reyes.

El Padre comun no ha formado los miembros de sus hijos para que fuesen quebrantados con cadenas, ni su alma para que sea lastimada por la servidumbre.

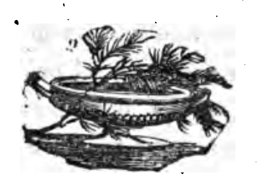
Hálos unido en familias, y todas las familias son hermanas; hálos unido en naciones, y todas las naciones son hermanas; y quien quiera que separa las familias de las familias, las naciones de las naciones, divide y separa lo que Dios ha unido: perpetra una obra de Satanás.

Lo que une entre sí á las familias con las familias, á las naciones con las

naciones, es en primer lugar la ley de Dios, la ley de justicia y de caridad, y la ley en seguida de libertad, que es tambien la ley de Dios.

Porque sin la libertad ¿qué género de union podria existir entre los hombres? Estarian unidos como está unido el caballo con el que le monta, como el azote del amo con la piel del esclavo.

Si alguien pues viene y dice: Sois mios, responded: No; somos de Dios, que es nuestro Padre, y del Cristo, que es nuestro único Señor.



XX.

No os dejeis seducir por palabras vanas. Querrán muchos convenceros de que sois realmente libres, porque habrán escrito sobre una hoja de papel la palabra libertad, y la habrán propalado en las esquinas.

La libertad no es un pasquin para leido en una tapia. Es una influencia, un poder vivo que se siente dentro y en derredor de sí, el genio protector del hogar doméstico, la garantía de los derechos sociales, y el primero de esos mismos derechos.

El opresor que se cubre con su nombre, es de todos el peor. Une la mentira á la tiranía, y á la injusticia la profanacion: porque el nombre de libertad es santo.

Guardaos pues de aquéllos que dicen: Libertad, libertad, y que luego la destruyen con sus obras.

¿Elegis vosotros á los que os gobiernan, á los que os mandan que hagais esto ó no hagais lo otro, á los que ponen á contribucion vuestros bienes, vuestra industria, vuestro trabajo? Y si no sois vosotros, ¿cómo sois libres?

¿Podeis disponer de vuestros hijos como mejor os parezca, confiar á quien mas os agrade su instruccion y sus costumbres? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

Los pájaros del aire y los insectos mismos reúnense para hacer en comun lo que ninguno de ellos podria hacer solo. ¿Podeis reuniros para tratar en comun de vuestros intereses, para defender vuestros derechos, para obtener algun alivio en vuestros males? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

¿Podeis ir de un punto á otro, si no

se os permite, usar de los frutos de la tierra y de las producciones de vuestro trabajo, mojar siquiera un dedo en el agua del mar, y derramar de ella una gota en la mísera vasija de barro donde se cuece vuestro alimento, sin esponeros á pagar la multa y á ser llevados á la cárcel? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

¿Estais seguros, al acostaros, de que nadie vendrá, en lo que dure vuestro sueño, á hacer un rebusco en los mas secretos sitios de vuestra vivienda, á arrancaros del seno de vuestra familia y lanzaros en un calabozo, solo porque al poder, en medio de su terror, se le haya pasado por la fantasía sospechar de vosotros? Y si no lo estais, ¿cómo sois libres?

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando á fuerza de valor y de perseverancia os hayais emancipado de todas estas trabas.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando hayais dicho en el fondo de vuestra alma: Queremos ser libres; cuando para llegar realmente á serlo esteis dispuestos á sacrificarlo y á sufrirlo todo.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando al pie de la cruz en que el Cristo murió para redimiros, hayais jurado morir los unos por los otros.



XXI.

El pueblo es incapaz de conocer sus intereses: débesele por tanto tener siempre bajo tutela. Por ventura, ¿no les toca de derecho á los que mas saben dirigir á los que saben menos?

De esta suerte hablan multitud de hipócritas que quieren llevar los negocios del pueblo, á fin de engordarse con la sustancia del pueblo.

Sois incapaces, dicen, de comprender vuestros intereses; y dicho esto, no os permitirán disponer de lo que es vuestro para un objeto que juzgueis útil, sino que dispondrán ellos de ello, mal vuestro grado, para otro objeto que os desagrade ó repugne.

Sois incapaces de administrar una pequeña propiedad comun, incapaces de sa-

ber lo que os conviene, de conocer vuestras necesidades y de remediarlas; y esto, dicho, os enviarán hombres bien pagados, á espensas vuestras, que dirigirán vuestros negocios á su albedrío, os impedirán que hagais lo que querais hacer, y os obligarán á hacer lo que no querais.

Sois incapaces de discernir qué genero de educacion os conviene dar á vuestros hijos; y por cariño á vuestros hijos los lanzarán en sentinas de impiedad y de malas costumbres, á no que prefirais que vivan desnudos de toda instruccion.

Sois incapaz de juzgar si podeis, vosotros y vuestras familias, subsistir con el salario que os señalan por vuestro trabajo; y bajo severas leyes se os prohibirá concertaros para obtener un aumento en ese salario para que podais vivir vosotros, vuestras mugeres y vuestros hijos.

Si esto que dice esa raza hipócrita y codiciosa fuese verdad, seríais por cierto inferiores con mucho al bruto, porque el bruto sabe cuanto de vosotros afirman que no sabeis, y bástale para saberlo el instinto.

Dios no os ha criado para que seais rebaño de algunos otros hombres. Antes os ha hecho para vivir libremente como hermanos en sociedad. Un hermano nada tiene que mandar á su hermano. Los hermanos se unen entre sí con mútuos convenios, y esos convenios son la ley, y la ley debe de ser acatada, y todos deben unirse para impedir que la violen, porque ella es salvaguardia de todos, voluntad é interes de todos.

Sed hombres: ninguno es poderoso bastante para unciros al yugo mal vuestro grado; pero vosotros podeis sujetar el cuello á la argolla, si quereis.

Hay animales estúpidos, á los cuales se encierra en establos, que son criados

para el trabajo, y cebados en su vejez para ser sus carnes comidas.

Otros hay que viven en el campo á su libertad, que nadie puede doblegar á la servidumbre, que no se dejan seducir con pérfidas caricias, ni vencer con amenazas y malos tratos.

Los hombres animosos parécense á estos; son los cobardes como los primeros.



XXII.

Comprended cómo se puede ser libre.

Para ser libre es preciso empezar por amar á Dios, porque si amais á Dios, haréis su voluntad; y la voluntad de Dios es la justicia y la caridad, sin las cuales no se da libertad.

Cuando con violencia ó con artería se toma lo que es de otro; cuando se le vulnera en su persona; cuando en cosa lícita se le impide obrar conforme á su gusto, ó se le fuerza á obrar en contra de él; cuando en cualquier manera se viola su derecho, ¿qué es esto? Una injusticia. La injusticia es pues quien destruye la libertad.

Si cada cual se amase á sí solo, y no amase mas que á sí, sin acudir al socor-

ro de los demas, veriase á veces el pobre obligado á robar lo ageno para vivir y sustentar á los suyos, sería el débil oprimido por el fuerte, y este por otro mas fuerte todavía: reinaria la injusticia en todas partes. La caridad es pues quien conserva la libertad.

Amad á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos, y desaparecerá la servidumbre de la faz de la tierra.

Sabed con todo que los que se aprovechan de la servidumbre de sus hermanos, pondrán en juego los medios todos de prolongarla. Asi emplearán la fuerza como la mentira.

Dirán que el dominio arbitrario de algunos y la esclavitud de los demas es el orden establecido por Dios; y á fin de conservar la tiranía, no temerán blasfemar contra la Providencia.

Respondedles que el Dios de ellos es Satanás, el enemigo del género huma-

no, y el vuestro es el que ha vencido á Satanás.

Soltarán despues contra vosotros sus satélites, levantarán cárceles sin número para encerraros, os perseguirán con el hierro y con el fuego, os atormentarán y derramarán vuestra sangre como el agua de las fuentes.

Ahora bien, si no estais resueltos á pelear sin descanso, á soportarlo todo sin doblaros, á no cansaros jamás, y á no ceder en la vida, conservad vuestras cadenas, y renunciad á una libertad de que sois indignos.

La libertad es como el reino de Dios; sufre violencia, y los violentos la arrebatan.

Y la violencia que os ha de poner en pesesion de la libertad, no es la violencia feroz de los ladrones y salteadores, la injusticia, la venganza, la crueldad, sino una voluntad fuerte, inflexible, un valor sereno y generoso.

La causa mas santa tórnase causa impía y execrable cuando se emplea el crímen para sostenerla. Puede el hombre criminal pasar de esclavo á tirano; nunca, empero, será libre.



XXIII.

Señor, nosotros recurrimos á vos desde el abismo de nuestra miseria.

Como los animales que no tienen que dar á sus pequeños,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la oveja á quien robaron su cordero,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la paloma sorprendida por el sacre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el gamo entre las garras del tigre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el toro vencido del cansancio y ensangrentado por el harpon,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pájaro herido y perseguido por el perro,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la golondrina rendida á la fatiga al cruzar los mares, y palpitante sobre las olas,

Recurrimos á vos, Señor.

Como viajeros estraviados en un desierto abrasado y sin agua,

Recurrimos á vos, Señor.

Como náufragos en playa estéril,

Recurrimos á vos, Señor.

Como aquel que, cerrada ya la noche, encuentra junto á un cementerio un espectro repugnante,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el padre á quien le arrebatan el pedazo de pan que llevaba á sus hijos hambrientos,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el preso, á quien injusto poderoso lanzó en calabozo húmedo y sombrío,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el esclavo destrozado por el azote del amo,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el inocente arrastrado al cadalso,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pueblo de Israel en la tierra de esclavitud,

Recurrimos á vos, Señor.

Como los descendientes de Jacob, cuyos primogénitos ahogaba el rey de Egipto en el Nilo,

Recurrimos á vos, Señor.

Como las doce tribus, cuyo trabajo aumentaban diariamente sus opresores, cercenándoles á la vez el alimento,

Recurrimos á vos, Señor.

Como todas las naciones de la tierra, antes de que hubiese lucido la aurora de redencion,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el Cristo enclavado en la cruz,

cuando dijo: Padre, Padre, ¿por qué me habeis abandonado?

Recurrimos á vos, Señor.

Señor, vos no habeis desamparado á vuestro Hijo, á vuestro Cristo, sino en la apariencia y por breve espacio: tampoco desamparareis para siempre jamas á los hermanos del Cristo. Su divina sangre, que los ha rescatado de la esclavitud en que el príncipe de este mundo los tenia, los redimirá tambien de la esclavitud en que los tienen los ministros del príncipe de este mundo. Ved sus pies y sus manos taladradas, abierto su costado y cubierta su cabeza de sangrientas llagas. Dentro de la tierra misma que en herencia les donaste, hánles ahondado un vasto sepulcro, donde los han arrojado confundidos, y han sellado la losa con un sello, en el cual, por sarcasmo, han osado grabar vuestro santo nombre. Y alli paran, Señor, yacientes, empero no para siempre. Tres dias

mas, y romperáse el sello sacrílego, y será la losa quebrantada, y los que duermen se despertarán, y el reinado del Cristo, que es todo justicia y caridad, y paz y alegría en el Espíritu Santo, comenzará. Asi sea.



XXIV.

Cuanto en el mundo sucede lleva por delante una señal precursora.

Antes de que salga el sol, tíñese el horizonte en mil tintas, y parece el Oriente un mar de fuego.

Antes de que estalle la tormenta, óyese en la playa un rumor sordo, y agítanse las olas como por sí mismas.

Los innumerables pensamientos diversos que se cruzan y confunden en el horizonte del mundo espiritual, son la señal precursora que anuncia la próxima salida del sol de las inteligencias.

El murmullo confuso, y el desasosiego interior de los pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.

Preparaos, porque los tiempos se acercan.

En aquel dia, habrá grandes terrores, y gritos tàlès còmo no se han oido desde los tiempos del diluvio.

Los reyes ahullárán sobre sus tronos; en valde pugnarán por retener con entrambas manos sus coronas, arrebatadas por los huracanes, y serán con ellas barridos.

Los ricos y los poderosos saldrán desnudos de sus palacios por temor de ser bajo sus ruinas sepultados.

Veráselos, errantes por los caminos, pedir á los transeuntes algunos harapos para cubrir su desnudez, un poco de pan negro para aplacar su hambre, y dudo si lo obtendrán.

Y habrá hombres de quienes se apoderará la sed de sangre, y que adorarán la muerte, y que querrán hacerla adorar.

Y la muerte estenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y ba-

jará esa bendicion sobre su corazon, y cesará de latir.

Conturbaránse los sabios en su ciencia, y apareceráles como un átomo negro, cuando salga el sol de las inteligencias.

Y á medida que se alce, derretirá su calor las nubes amontonadas por la tempestad, y no serán de entonces mas sino un ligero vapor, que un viento suave barrerá hácia el Poniente.

Nunca habrá estado el cielo tan sereno, ni tan verde la tierra y tan fecunda.

Y en vez del débil crepúsculo, que llamamos dia, una luz viva y pura se irradiará de lo alto, como reflejo de la faz de Dios.

Y miraránse los hombres á esta luz, y dirán: No nos conociamos á nosotros, ni conociamos á los demas: no sabiamos lo que era el hombre. Ahora lo sabemos.

Y cada uno se amará á si propio en

su hermano, y tendrá á dicha servirle: y no habrá pequeños, ni habrá grandes, á causa del amor, que lo iguala todo, y las familias todas no serán mas que una familia, ni las naciones todas sino una nacion.

Hé aqui el sentido de las letras misteriosas que los ciegos judios sobrepusieron á la cruz del Cristo.



XXV.

Era una noche de invierno. Silbaba el viento fuera, y blanqueaba la nieve los tejados.

Debajo de uno de esos tejados, en vivienda estrecha, se veian sentadas, haciendo labor de manos, una muger con cabellos blancos, y una muchacha.

Y de vez en cuando calentaba la anciana á su mezquino brasero sus manos descoloridas. Una lámpara de barro alumbraba la pobre estancia, y un rayo de la lámpara iba á morir en una imagen de la Vírgen, pendiente de la pared.

Y la inocente muchacha, alzando los ojos, contempló silenciosa un breve instante la muger de los cabellos blancos, y luego dijo: Madre mia, no habeis vivido siempre en este abandono.

Y habia en su voz suavidad y ternura inesplicables.

Y la muger de los cabellos blancos respondió: Hija mia, Dios es árbitro; lo que hace, bien hecho está.

Dichas estas palabras, calló por breve espacio, y repuso en seguida:

Cuando perdí á tu padre, sentí un dolor que creí sin consuelo; tú con todo me quedabas; pero entonces solo en él pensaba.

Despues he pensado que si hubiera vivido, y nos hubiera visto en tal penuria, su alma se hubiera despedazado; y he conocido que Dios habia sido misericordioso para con él.

La inocente muchacha no respondió nada, pero inclinó la cabeza, y algunas lágrimas, que procuraba ocultar, cayeron sobre el retazo que en las manos tenia.

La madre añadió: Dios, que ha sido misericordioso con él, lo ha sido tambien con nosotras. ¿Qué nos ha faltado, en tanto que á otros les falta todo?

Fuerza ha sido en verdad acostumbrarnos á poco, y aun eso poco granjearlo con nuestro trabajo; pero eso poco ¿no basta? ¿y no se han visto todos desde el principio condenados á vivir de su trabajo?

Dios, en su bondad, nos ha dado el pan de cada dia; ¿y cuántos carecen de él? un albergue; ¿y cuántos no saben dónde albergarse?

Me ha dado, ademas, á tí; ¿de qué puedo quejarme?

Oidas estas últimas palabras, la inocente, conmovida, cayó á los pies de su madre, tomóle las manos, las besó, é inclinóse llorando sobre su regazo.

Y la madre, esforzando la voz, como mas pudo: Hija mia, no está la dicha en poseer mucho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no esta aquí abajo; ni nuestro amor tampoco; ó si está, es solo de paso.

TAYLOR INST. OXFORD

Despues de Dios, tú lo eres todo para mí en este mundo; pero este mundo se desvanece como un sueño, y por eso se sublima mi amor contigo á otro mundo mejor.

Cuando te llevaba en mi seno, rogué un dia con mas fervor á la Vírgen María, y aparecióme en tanto que dormia, y me parecia que con celestial sonrisa me presentaba una criatura.

Y cogí la criatura que me presentaba, y cuando la tuve en mis brazos, colocó la Vírgen María sobre su cabeza una corona de rosas blancas.

Pocos meses despues naciste, y la dulce vision no se apartaba de mis ojos.

Diciendo esto, la anciana encanecida se estremeció, y estrechó contra su corazon á la inocente muchacha.

De allí á poco tiempo una alma bienaventurada vió dos figuras luminosas remontarse al cielo; un coro de ángeles las acompañaba, y vibraban en el aire los cánticos de alegría.

XXVI.

Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestras manos no son sino sombras, y el sonido que hiere vuestro oido nò es sino un eco grosero de la voz interior y misteriosa que adora y ruega y gime en el seno de la creacion.

Porque toda criatura gime, toda criatura pugna por nacer á la vida verdadera, por pasar de las tinieblas á la luz, de la region de las apariencias á la de las realidades.

Ese sol tan brillante, tan hermoso, no es sino el ropage, el emblema oscuro del verdadero sol, que alumbra y vivifica las almas.

Esta tierra, tan rica y verdecida, no

es sino la pálida mortaja de la naturaleza; porque la naturaleza, tambien degenerada, ha bajado al sepulcro, como el hombre, pero como él para renacer.

Debajo de esa densa vestimenta del cuerpo, semejais á un viajero, que en su tienda de campaña, y ya cerrada la noche, ve, ó cree ver pasar fantasmas.

El mundo real está velado para vosotros. El que se recoge dentro de sí mismo le entrevee como á lo lejos. Secretas influencias que duermen dentro de él, dispiértanse un momento, solevantan una punta del velo que el tiempo tiene con su mano rugosa, y encuéntrase su vista interior absorta en las maravillas que contempla.

Vosotros estais tambien en la orilla del océano de los seres; no penetrais, empero, sus honduras. Caminais á la caida de la tarde á orillas del mar, y solo divisais un poco de espuma, que arrojan las oleadas en la playa.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como la criatura en el seno de la madre, que espera la hora del nacimiento: como el insecto alado en el gusano reptil, anhelando salir de esta cárcel terrenal, para tomar vuestro vuelo hácia el Empireo.



XXVII.

¿Quién se apiñaba al rededor del Cristo para oir su palabra? El pueblo.

¿Quién le seguia en la montaña y en los sitios desiertos para escuchar sus lecciones? El pueblo.

¿Quién queria elegirle rey? El pueblo.

¿Quién estendia sus vestiduras y arrojaba palmas delante de él, gritando Hosannah, á la sazon de su entrada en Jerusalen? El pueblo.

¿Quién se escandalizaba á causa de los enfermos que curaba el dia del sábado? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le interrogaba insidiosamente y le tendia lazos para perderle? Los escribas y los fariseos.

¿Quién decía de él: Está poseido? ¿quién le llamaba hombre de gula, y amante de la buena vida? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le trataba de sedicioso y blasfemo? ¿quiénes se coligaron para darle muerte? ¿quién le crucificó en el calvario entre dos salteadores de caminos?

Los escribas y los fariseos, los doctores de la ley, el rey Herodes y sus cortesanos, el gobernador romano y los príncipes de los sacerdotes.

Su astucia hipócrita engañó al mismo pueblo. Moviéronle á pedir la muerte de aquel que le habia alimentado en el desierto con siete panes, que devolvia la salud á los enfermos, la vista á los ciegos, el oido á los sordos, y el uso de sus miembros á los paralíticos.

Pero Jesus, viendo que habian seducido á aquel pueblo como la serpiente sedujo á la muger, rogó á su Padre,

diciendo: Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y sin embargo, diez y ocho siglos han pasado, y el Padre no los ha perdonado todavía, y arrastran su suplicio por la redondez de la tierra, y por todas partes el esclavo tiene que bajarse para verlos.

La misericordia del Cristo no reconoce escepcion. Ha venido al mundo para salvar, no á algunos hombres, sino á los hombres todos; para cada uno de ellos ha tenido una gota de sangre.

Pero especialmente amaba con amor de predileccion á los pequeños, á los débiles, á los humildes, á los pobres, á aquellos todos que sufren.

Latía su corazon sobre el corazon del pueblo, y el corazon del pueblo latía sobre el suyo.

Y allí es, sobre el corazon del Cristo, donde los pobres enfermos se re-

animan, y donde los pueblos oprimidos reciben fuerza y valor para emanciparse.

¡Ay de aquellos que se alejan de él y que le niegan! Su miseria es irremediable y eterna su servidumbre.



XXVIII.

Tiempos se han visto en que el hombre creía ofrecer á Dios un sacrificio agradable, degollando al hombre cuyas creencias diferían de las suyas.

Mirad con horror esos homicidios execrables.

¿De qué suerte pudiera la muerte del hombre agradar á Dios, que ha dicho al hombre: No matarás?

Cuando la sangre del hombre corre sobre la tierra, como ofrenda al Señor, acuden los espíritus infernales á beberla, y éntranse en aquel que la ha derramado.

Comiénzase solo á perseguir cuando se pierde la esperanza de convencer, y quien desespera de convencer, ó blas-

fema en su interior el poder de la verdad, ó carece él mismo de confianza en la verdad de las doctrinas que anuncia.

¿Qué insania mayor que decir á los hombres: Creed ó morid?

La fé es hija del Verbo: penetra en los corazones con la palabra, y no con el puñal.

Jesus pasó haciendo bien, cautivando con la bondad, y moviendo con su dulzura las almas más empedernidas.

Sus labios divinos bendecian, y no maldecian sino á los hipócritas. No escogió, empero, verdugos para apóstoles.

Decia á los suyos: Dejad que crezcan juntos hasta la siega el bueno y el mal grano: el padre de familia los separará en la era.

Y á aquellos que le querian obligar á hacer descender el fuego del cielo so-

bre una ciudad incrédula: Vosotros no sabeis cuál espíritu es el vuestro.

El espíritu de Jesus es espíritu de paz, de misericordia y de amor.

Los que en su nombre persigúen, los que escrutan las conciencias con la espada, los que atormentan el cuerpo para convertir el alma, los que provocan las lágrimas, en vez de enjugarlas, esos todos no participan del espíritu de Jesus.

¡Ay del que profana el Evangelio, tornándole para los hombres objeto de terror! ¡ay del que escribe la nueva feliz sobre hoja ensangrentada!

Acordaos de las catacumbas.

En aquel tiempo, os arrastraban al cadalso, os arrojaban á las fieras en el anfiteatro para servir de solaz al populacho, os lanzaban por miles en el fondo de las minas y en las cárceles, os confiscaban vuestros bienes, os hollaban con los pies como lodo de las plazas pú-

blicas; y para celebrar vuestros misterios proscritos no teniais mas asilo que las entrañas de la tierra.

¿Qué decian vuestros perseguidores? Decian que propalabais doctrinas peligrosas; que vuestra secta, cual la llamaban, alteraba el orden y la paz pública; que violadores de las leyes y del género humano, conmoviais el imperio al conmover la religion del imperio.

Y en tanta penuria, bajo opresion tanta, ¿qué pediais? Libertad. Reclamabais el derecho de no obedecer sino á Dios, de servirle y de adorarle segun vuestra conciencia.

Aunque se engañen en su fé, cuando reclamen otros de vosotros ese derecho sagrado, respetadlo en ellos, bien asi como queriais que le respetasen en vosotros los paganos.

Respetadlo para no manchar al menos la memoria de vuestros confesores,

para no profanar siquiera las cenizas de vuestros mártires.

La persecucion tiene dos filos; asi hiere á la derecha como á la izquierda.

Si olvidareis las lecciones del Cristo, acordaos al menos de las catacumbas.



XXIX.

Conservad con esmero en vuestras almas la justicia y la caridad: ellas serán vuestra salvaguardia, ellas lanzarán de entre vosotros las discordias y las disensiones.

Lo que produce las discordias y las disensiones, lo que engendra los litigios que escandalizan á los buenos y arruinan las familias, es mas que nada el sórdido interes, la insaciable codicia de adquirir y poseer.

Trabajad pues sin cesar en vencer esa codicia que el enemigo malo escita de contino dentro de vosotros.

¿Qué os llevaréis de todas esas riquezas que hayais acumulado por bue-

nas y por malas vias? Poco le basta al hombre que tan poco vive.

Otra causa de interminables disensiones son las malas leyes.

Y sin embargo apenas hay leyes buenas en el mundo.

¿Qué otra ley necesita quien profesa la ley del Cristo?

La ley del Cristo es clara, es santa, y no hay nadie que conservando esta ley en su corazon, no pueda juzgarse á sí mismo facilmente.

Escuchad lo que me ha sido dicho:

Si los hijos del Cristo tienen altercados entre sí, no deben llevarlos ante los tribunales de los que oprimen la tierra y la corrompen.

¿No hay ancianos entre ellos? ¿Y esos ancianos no son sus padres, conocedores de la justicia y amantes de ella?

Vayan pues y busquen uno de esos ancianos, y díganles: Padre mio, no hemos podido concertarnos mi herma-

no y yo; os rogamos que nos juzgueis.

Y escuchará el anciano las quejas de entrambos, y juzgará entre ellos, y ya juzgados los bendecirá.

Y si se avienen á este juicio, permanecerá sobre ellos la bendicion; de no, tornará al anciano, que habrá juzgado en justicia.

Nada hay imposible para los que viven unidos, asi para el bien, como para el mal. El dia por tanto en que os unais será el dia de vuestra redencion.

Cuando los hijos de Israel yacian oprimidos en la tierra de Egipto, si cada uno de ellos, olvidando á sus hermanos, hubiera intentado salir solo, ni uno hubiera escapado; salieron, empero, todos juntos, y nadie los detuvo.

Vosotros estais tambien en la tierra de Egipto, encorvados bajo el cetro de Faraon, y bajo el azote de sus cómitres. Recurrid pues al Señor, Dios vuestro, levantaos despues y salid juntos.

XXX.

Cuando se hubo amortiguado la caridad, y cuando hubo empezado á crecer la injusticia sobre la tierra, dijo Dios á uno de sus siervos: Vé en mi nombre hácia ese pueblo, y anúnciale lo que veas; y lo que veas sucederá en verdad, si, saliéndose de la senda torcida, no se arrepiente y se vuelve hácia mí.

Y el siervo de Dios obedeció, y vestido de un saco, y habiendo derramado ceniza sobre su cabeza, fuése hácia la multitud, y alzando su voz decia:

¿Por qué irritais al Señor para vuestra perdicion? Dejad las sendas torcidas, arrepentíos, y volveos hácia él.

Y oyendo estas palabras, compungianse unos, y otros se mofaban, di-

ciendo: ¿Quién es este, y qué nos viene á contar? ¿quién le ha dado mision para reprendernos? Es un loco.

Y de repente, el Espíritu de Dios se apoderó del profeta, y descorrióse el velo del tiempo ante sus ojos, y pasaron los siglos delante de él.

Y rasgando sus vestiduras: De esta suerte, dijo, será destrozada la familia de Adan.

Los hombres de iniquidad han compartido la tierra: han contado sus habitantes, como se cuenta el ganado, por cabezas.

Han dicho: Repartámonos esto, y hagamos de ello moneda para nuestros usos.

Háse hecho la reparticion, y cada cual ha cogido la parte que le ha tocado, y la tierra y sus habitantes han venido á ser propiedad de hombres inicuos, y allá en su conciliábulo se han preguntado: ¿Cuánto vale nuestra propiedad?

Y todos á una voz han respondido: Treinta dineros.

Y han comenzado á traficar entre ellos con esos treinta dineros.

Ha habido compras, ventas, trueques: hombres en cambio de tierra, tierra en cambio de hombres, y oro por señal.

Y cada cual ha codiciado la parte de los otros, y hánse degollado para espoliarse mútuamente, y con la sangre que ha corrido, han escrito sobre un pedazo de papel: Derecho; y sobre otro: Gloria.

¡Basta, Señor, basta!

Hé aqui dos que arrojan sus harpones de hierro sobre un pueblo. Cada uno se lleva un pedazo.

La espada ha pasado y vuelto á pasar. ¿Ois esos gritos agudisimos? Son los quejidos de las esposas, y los lamentos de las madres.

Señor, Señor, ¿habrá de ser eterna

vuestra ira? ¿vuestro brazo no se estenderá jamas sino para herir? Perdonad á los padres en gracia de los hijos. Dejaos mover por el llanto de esas pobres y pequeñas criaturas, que no distinguen todavía su mano izquierda de la diestra.

El mundo se agranda, la paz va á renacer. Habrá sitio para todos.

¡Maldicion! ¡maldicion! La sangre corre á rios, y rodea la tierra como faja roja.

¿Quién es ese anciano que habla de justicia, una copa envenenada en la una mano, y acariciando con la otra á una prostituta que le apellida su padre?

Y dice: La raza de Adan me pertenece. ¿Quiénes son los mas fuertes entre vosotros, y se la distribuiré?

Y lo que ha dicho, lo hace; y desde su trono, sin levantarse siquiera, señala su presa á cada uno.

Y todos devoran, devoran; y su

hambre va en aumento, y agólpanse los unos sobre los otros, y la carne palpita, y los huesos crujen entre los dientes.

Ábrese un mercado, condúcense á él las naciones con la soga al cuello; las palpan, las pesan, hácenlas andar y correr: tanto valen, menos cuanto. No es ya el tumulto y la confusion anterior, sino un comercio ordenado.

¡Bienaventuradas las aves del cielo y los animales de la tierra! Nadie los violenta; van y vienen como mejor les place.

¿Qué piedras son esas que giran sin cesar, y muelen?

Hijos de Adan, esas piedras son las leyes de los que os gobiernan, y lo que muelen y reducen á polvo, vosotros.

Y á medida que el profeta lanzaba sobre el porvenir esos destellos siniestros, apoderábase un terror misterioso de los que le escuchaban.

Cesó su voz de oirse de repente, y

pareció como absorto en meditacion profunda. El pueblo esperaba silencioso, oprimido el pecho y en palpitante agonía.

Entonces él profeta: Señor, no habeis abandonado á este pueblo en su miseria; no le habeis entregado para siempre á sus opresores.

Y asió de dos ramas, y desnudólas de sus hojas, y habiéndolas cruzado, uniólas, y las alzaba sobre la multitud, diciendo: Esta será vuestra salvacion, por este signo venceréis.

É hízose noche, y el profeta desapareció como sombra que pasa, y se dispersó la muchedumbre por todas partes en medio de las tinieblas.



XXXI.

Cuando despues de larga sequia cae una lluvia suave sobre la tierra, bebe ésta ansiosa el agua del cielo, que la refresca y la fecunda.

Asi tambien las naciones sedientas beberán con ansia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas, á semejanza de vivificante rocio.

Y la justicia y el amor, y la paz y la libertad germinarán en su seno.

Y será como en los tiempos en que eran todos hermanos, y no se oirá ya mas la voz del amo, ni la voz del esclavo, los gemidos del pobre ni los sollozos de los oprimidos, sino cánticos de alegría y de bendicion.

Los padres dirán á sus hijos: Nues-

tros primeros dias han sido conturbados, y llenos de lágrimas y agonías. El sol ahora sale y se pone testigo de nuestro gozo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán las madres á sus hijas: Contemplad nuestras frentes, ahora tan serenas; el pesar, el dolor, la inquietud las marcaron en otro tiempo con hondos surcos. Las vuestras semejan á la superficie de un lago, cuando en la primavera ningun viento la riza. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán los mancebos á las virgenes: Bellas sois como las flores del campo, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las tiñe. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; empero cuando os vemos y cuando paramos á vuestro lado, sentimos en nuestras almas una sensacion, que solo tiene nombre en el cie-

lo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y repondrán las vírgenes: Ájanse las flores y pasan: dia llega en que ni el rocio las refresca, ni la luz las tiñe. En la tierra solo la virtud ni se marchita ni pasa. Nuestros padres son como la espiga que se hincha de grano por el otoño, y nuestras madres como la vid, que se carga de fruto. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; y dulces nos son tambien los hijos de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

XXXII.

Yo vi una haya elevarse á maravillosa altura. Desde la copa hasta el tronco casi tendia enormes ramas, que cubrian la tierra toda en derredor, de suerte que esta paraba desnuda; ni una yerbecilla producia. Al pie del coloso nacia una encina, que despues de haberse elevado algunos pies, se encorvaba, estendíase despues horizontal, tornábase á enderezar, y de nuevo se torcia; veíasela, en fin, alargando su cabeza flaca y desnuda bajo las ramas robustas del haya, como en demanda de aire y de luz.

Y díjeme á mi mismo: Asi crecen los pequeños á la sombra de los grandes.

¿Quién se reune en derredor de los

poderosos del mundo? ¿quién se acerca á ellos? No en verdad el pobre; se le espulsa; tal presencia empañaria sus miradas. Apártasele con cuidado de su vista y de sus palacios; ni aun le consienten atravesar sus jardines, para todos abiertos, menos para él, porque su cuerpo, gastado por el trabajo, viste las ropas de la indigencia.

¿Quién pues se reune en derredor de los poderosos del mundo? Los ricos, y los aduladores que quieren llegar á serlo, mugeres perdidas, ministros infames de sus secretos placeres, farsantes y juglares, bufones que divierten su conciencia, y falsos profetas que la estravían.

¿Quién mas? Los hombres de violencia y astucia, agentes de opresion, espoliadores, cuantos dicen, en fin: Entregadnos el pueblo, y nosotros haremos correr su oro en vuestros cofres, y su sustancia en vuestras venas.

Allí donde yace el cuerpo, se reunirán las águilas.

Los pajarillos inocentes construyen su nido en la yerba, y las aves de rapiña en árboles altos.



XXXIII.

En la estacion en que las hojas amarillean, un anciano, cargado con un haz de ramas, volvia lentamente hácia su choza, situada en la pendiente de un valle.

Y hácia la parte por donde el valle tenia salida, veíanse por entre los árboles desparcidos los oblicuos rayos del sol, oculto ya detras del horizonte, deslizarse entre las nubes al Poniente, y teñirlas de colores infinitos, que se iban borrando poco á poco.

Y el anciano, ya en su choza, única propiedad con un trozo de tierra en derredor, soltó el haz de ramas, sentóse sobre un asiento de madera, ennegrecido por el humo del hogar, é inclinó la ca-

beza sobre el pecho como absorto en profunda meditacion.

Y de vez en cuando su pecho henchido exhalaba un breve sollozo, y con voz cascada decia:

Yo no tenia mas que un hijo; hánmelo tomado: no tenia mas que una vaca; hánmela llevado por el impuesto de mi tierra.

Y luego con voz mas débil repetia: Hijo mio, hijo mio; y una lágrima humedecia sus párpados gastados, empero sin desprenderse.

En tanto que asi se acongojaba, oyó á alguien que decia: ¡Padre mio, sea la bendicion de Dios sobre vos y sobre los vuestros!

Los mios, dijo el anciano; ¡ay! ya no hay nadie que me pertenezca; soy solo.

Y levantando los ojos, echó de ver á un peregrino, en pie, á la puerta, apoyado en su báculo; y no ignorando

que Dios es quien envia los huéspedes, díjole:

Devuélvaos Dios vuestra bendicion. Entrad, hijo; cuanto tiene el pobre, es del pobre.

Y encendiendo en el hogar su haz de ramas, púsose á preparar la comida al viajero.

Nada en tanto bastaba á distraerle del pensamiento que le agoviaba, que pesaba allí contínuo sobre su corazon.

Y el peregrino, sabedor de lo que tan amargamente le conturbaba, díjole: Padre mio, Dios quiere probaros por mano de los hombres. Vénse con todo miserias mas grandes que vuestra miseria. No es el oprimido quien mas padece, sino los opresores.

Meneó el anciano la cabeza, y nada respondió.

Repuso el peregrino: Lo que ahora dudais, en breve lo creeréis.

Y habiéndole hecho sentar, puso las

manos sobre sus ojos, y cayó el anciano en un sueño, semejante al sueño pesado, tenebroso, horrible, que sorprendió á Abraham, cuando Dios le quiso mostrar las futuras desdichas de su raza.

Parecióle haber sido transportado á un gran palacio, junto á un lecho, y habia al lado del lecho una corona, y un hombre en el lecho, que dormia, y lo que por aquel hombre pasaba, lo veía el anciano, bien así como durante el dia ve el hombre despierto cuanto pasa ante sus ojos.

Y el hombre que estaba alli echado sobre su cama de oro, oia como gritos confusos de hambrienta muchedumbre que pide pan. Semejaba aquel ruido el ruido de las olas que se estrellan en la playa durante la tempestad. Y crecia la tempestad, y se aumentaba el ruido; y el hombre que dormia veía las olas elevarse por momentos, y azotar ya las paredes del palacio, y hacia esfuerzos es-

traordinarios como si quisiera huir, y no podia, y era suma su agonía.

En tanto que le miraba espantado, se vió el anciano de repente transportado á otro palacio. El que en él yacía acostado, mas semejaba cadáver que hombre vivo.

Y en su sueño veía delante de él cabezas cortadas; y abriendo la boca, decíanle aquellas cabezas:

Nosotros nos habíamos sacrificado por tí, y hé aqui el premio que te hemos merecido. Duerme, duerme; nosotros no dormimos. Que acechamos la hora de la venganza; que se acerca.

Y helábase la sangre en las venas del hombro dormido. Y se decia á sí mismo: Si pudiese al menos dejar mi corona á esta criatura; y sus ojos vidriados se volvian hácia una cuna, sobre la cual habian puesto una diadema de reina.

Pero cuando empezaba á serenarse y á consolarse con este pensamiento,

otro hombre, que le semejaba en las facciones, asió de la criatura y estrellóla contra la pared.

Y sintióse el anciano desfallecer de horror.

Y vióse trasladado al propio tiempo á dos parages distintos; y aunque separados aquellos parages, para él no eran sino uno.

Y vió dos hombres, que por la edad hubierán podido parecer el mismo hombre, y comprendió que habián sido criados en el mismo seno.

Y era su sueño el sueño del reo, que ha de ser ajusticiado al despertarse. Pasaban delante de ellos sombras envueltas en sangrientas mortajas, y cada una de ellas al pasar los tocaba, y retirábanse sus miembros y se contraian, como para zafarse de aquel contacto de la muerte.

Mirábanse luego uno á otro con una especie de horrible sonrisa, y encen-

díanse sus ojos, y sus manos se agitaban convulsivamente, apretando un mango de puñal.

Y el anciano vió en seguida un hombre pálido y flaco. Las sospechas deslizábanse en tropel hácia su lecho, destilaban su ponzoña sobre su faz, murmuraban en voz baja palabras siniestras, y hundian lentamente sus uñas en su cráneo mojado de sudor frio. Y una figura humana, blanca como un cendal, se le acercó, y sin hablar señaló con el dedo una mancha cárdena que le rodeaba el cuello. Y en la cama en que yacía, chocaron una con otra las rodillas del hombre descolorido, y entreabrióse su boca de terror, y dilatáronse sus ojos horriblemente.

Y el anciano, yerto de espanto, se sintió transportado á otro palacio mas grande.

Y el que allí dormia respiraba con gran dificultad. Un espectro negro pa-

raba encogido sobre su pecho y le miraba con befa. Y hablábale al oido, y tornábanse sus palabras visiones en el alma del hombre, á quien oprimia y hollaba con sus huesos puntiagudos.

Y veíase éste rodeado de innumerable muchedumbre que lanzaba gritos espantosos:

Nos has prometido libertad, y nos has dado esclavitud.

Nos has prometido reinar por las leyes, y no hay mas leyes que tus caprichos.

Nos has prometido respetar el pan de nuestras mugeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para engruesar tus tesoros.

Nos has prometido gloria, y nos has granjeado el desprecio de los pueblos, y su justo aborrecimiento.

Húndete, húndete, y vé á dormir con los perjuros y los tiranos.

Y sentíase precipitado, arrastrado

por esa muchedumbre, y agarrábase á sus sacos de oro, y los sacos reventaban, y se escapaba el oro, y se esparcia rodando por el suelo.

Y le parecia que vagaba pobre por el mundo, y que acosado de la sed pedia de beber por caridad, y que le brindaban un vaso lleno de lodo, y que huian todos de él y le maldecian todos, porque estaba marcado en la frente con la señal de los traidores.

Y el anciano apartó la vista de él con asco.

Y en otros dos palacios vió otros dos hombres soñando suplicios. Porque, decian ellos, ¿dónde estarémos seguros? Minado está el suelo debajo de nuestros pies; las naciones nos detestan; hasta los párvulos en sus oraciones piden á Dios dia y noche que se vea libre su tierra de nosotros.

Y condenaba el uno á dura cárcel, es decir, á todos los tormentos del cuer-

po y del alma y á muerte de hambre, á desdichados acusados de haber pronunciado la palabra *Patria*: y el otro, despues de haber confiscado sus bienes, mandaba arrojar en hondos calabozos á dos muchachas, culpables de haber cuidado á sus hermanos heridos en un hospital.

Y como se fatigasen en esta faena, propia de verdugos, llegáronles mensageros.

Y uno de los mensageros decia: Vuestras provincias del Mediodia han roto sus cadenas, y con los pedazos han ahuyentado á vuestros gobernadores y soldados.

Y el otro: Vuestras águilas han sido destrozadas á orillas del gran rio; las aguas se llevan sus restos.

Y revolcábanse los dos reyes en sus tálamos.

Y vió el anciano otro tercero. Habia danzado á Dios de su corazon, y en su

corazon en el lugar de Dios, habia un gusano que le roia sin cesar; y cuando se avivaba su angustia, pronunciaba entre dientes sordas blasfemias, y sus labios se cubrian de roja espuma.

Y pareciale estar en una llanura inmensa, solo, con el gusano que no le dejaba. Y era aquella llanura un cementerio, el cementerio de un pueblo degollado.

Y hé aqui que de repente la tierra se conmueve; ábrense los sepulcros, álzanse los muertos, y se adelantan en tropel; y no podia ni hacer un movimiento, ni exhalar un grito.

Y todos aquellos muertos, hombres, mugeres, niños, le miraban silenciosos; y pasado un breve espacio, cogieron con el mismo silencio las losas de las tumbas y pusiéronlas en torno suyo.

Llegáronle primero á las rodillas, al pecho despues, á la boca, en fin, y estendia con gran violencia los músculos de su

cuello para respirar todávia una vez; empero el edificio se elevaba sin cesar, y una vez acabado, perdiase su cúpula en una nube.

Las fuerzas del anciano comenzaban á abandonarle: su alma se dilataba de espanto.

Y hé aqui que habiendo atravesado varias salas desiertas, divisa en un breve aposento, y sobre un lecho escasamente alumbrado por la pálida llama de una lámpara, un hombre gastado por los años. . . . .

. . . .

Y fue la última vision.. Y habiéndose despertado el anciano, dió gracias á la Providencia por la parte, tal cual era, que en las miserias de la vida le habia tocado.

Y díjole el peregrino: Esperad y orad; la oracion lo consigue todo. Vues-

tro hijo no está perdido; vuestros ojos han de volverle á ver antes de cerrarse para siempre. Espetad en paz el dia del Señor.

Y el anciano esperó en paz.



XXXIV.

No proceden de Dios los males que afligen á la tierra, porque Dios es amor, y cuanto ha hecho es bueno; proceden, sí, de Satànás, á quien Dios ha maldecido, y de los hombres que han adoptado á Satanás por padre y por señor.

Empero los hijos de Satanás son infinitos en el mundo. A medida que pasan, Dios escribe sus nombres en un libro sellado, que será abierto y leido de todos á la consumacion de los tiempos.

Hay hombres que no aman si no á sí mismos; y estos son hombres de odio, porque no amar si no á sí mismos, es aborrecer á los demas.

Hay hombres de orgullo, que no pueden sufrir iguales, que quieren mandar siempre y dominar.

Hay hombres de codicia, que solicitan oro de contino, honores, goces, y que nunca de ellos se ven hartos.

Hay hombres de rapiña, que acechan al débil para despojarle, ora por fuerza, ora por arterías, y que giran de noche cabe la morada de la viuda y del huérfano.

Hay hombres de homicidio, que abrigan pensamientos violentos, que dicen: Sois nuestros hermanos; y matan á los que llaman hermanos, tan pronto como los sospechan de oponerse á sus designios, y que escriben leyes con su sangre.

Hay hombres de miedo, que tiemblan ante el malvado, y bésanle la mano, creyendo de esa suerte sustraerse á su opresion, los cuales cuando un inocente se ve atacado en medio de la plaza pública, se apresuran á recogerse en su casa, y á cerrar las puertas.

Esos hombres todos han destruido

la paz, la seguridad, y la libertad en la tierra.

No alcanzaréis pues libertad, seguridad, ni paz, sino peleando en contra de ellos sin cesar.

La ciudad que han construido es ciudad de Satanás; á vosotros toca reedificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, ama cada cual á sus hermanos como á sí mismo, y por eso no se ve en ella ninguno desamparado, y no padece ninguno, si remedio hay para sus padecimientos.

En la ciudad de Dios, son todos iguales, nadie domina, porque en ella solo reinan la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios, posee cada cual sin género de temor lo que le pertenece, sin codiciar nada mas, porque lo que es de cada uno es de todos, y todos poseen á Dios, que encierra en sí los bienes todos.

En la ciudad de Dios, ninguno sacri-

fica á los demas á su interes propio, sino antes cada uno está siempre dispuesto á sacrificarse por los demas.

Si en la ciudad de Dios se introduce un malvado, apártanse todos de él, y aúnanse todos para sujetarle, ó espulsarle, porque el malvado es el enemigo de cada uno, y el enemigo de cada uno, es el enemigo de todos.

Cuando hayais reedificado la ciudad de Dios, reverdecerá la tierra, y tornarán á florecer los pueblos, porque entonces habréis vencido á los hijos de Satanás que oprimen á los pueblos y asuelan la tierra, á los hombres de orgullo, á los hombres de rapiña, á los hombres de homicidio, y á los cobardes.



XXXV.

Si se vieran los opresores de las naciones abandonados á sí mismos, sin apoyo, sin auxilio estrangero, ¿qué podrian en contra de ellas?

Si para mantenerlas en la servidumbre no tuvieran mas auxilio que el auxilio de aquellos á quienes la servidumbre aprovecha, ¿qué significaría tan corto número contra pueblos enteros?

La sabiduría de Dios ha ordenado las cosas de esa suerte, á fin de que los hombres puedan siempre resistir á la tiranía; y tornaríase la tiranía imposible, si comprendiesen los hombres la sabiduría de Dios.

Pero habiendo vuelto el pensamien- á otros fines, los dominadores del mun-

do han opuesto á la sabiduría de Dios, que los hombres no comprendian, la sabiduría del príncipe de este mundo, de Satanás.

Y Satanás, rey de los opresores de las naciones, les sugirió, para asegurar su tiranía, una astucia infernal.

Díjoles: Hé aqui lo que habeis de hacer. Tomad en cada familia los mancebos mas robustos, y dadles armas; adiestradlos á manejarlas, y ellos pelearán por vosotros contra sus padres y sus hermanos: porque yo les haré creer que es accion gloriosa.

Yo les fabricaré dos ídolos, que habrán por nombre Honor y Fidelidad, y una ley que se llamará Obediencia pasiva.

Y adorarán esos ídolos, y se someterán ciegamente á esa ley, porque seduciré su entendimiento, y ya nada tendreis que temer.

Hicieron los opresores de las nacio-

ne lo que Satanás les habia dicho, y tambien cumplió Satanás lo que prometido habia á los opresores de las naciones.

Vióse entonces á los hijos del pueblo levantar los brazos contra el pueblo, degollar á sus hermanos, aherrojar á sus padres, y desconocer hasta las entrañas que los habian criado.

Cuando se les decia: En nombre de cuanto es en el mundo sagrado, meditad la injusticia, pensad en la atrocidad de lo que os mandan; respondian ellos: Nosotros no pensamos; obedecemos.

Y cuando se les decia: ¿No queda en vosotros destello alguno de amor á vuestros padres, á vuestras madres, á vuestros hermanos? respondian: Nosotros no amamos; obedecemos.

Y cuando se les mostraban los altares del Dios que ha criado al hombre, y del Cristo que le ha redimido, esclamaban: Esos son los Dioses de la patria: nuestros Dioses, empero, son los Dioses

de sus Señores, la Fidelidad, y el Honor.

Yo os lo digo en verdad, desde la seduccion de la primera muger por la serpiente, no ha vuelto á haber mas espantosa seduccion que esta.

Empero toca á su término. Cuando el espíritu malo fascina las almas rectas, es solo por cierto tiempo. Pasán como al través de horrible ensueño, y al despertarse bendicen á Dios que las ha aliviado de aquel tormento.

Esperad algunos dias mas, y aquellos que peleaban en favor de los opresores, pelearán en favor de los oprimidos; aquellos que peleaban por mantener en cadenas á sus padres, á sus madres, á sus hermanos, pelearán por emanciparlos.

Y huirá Satanás al abismo con los dominadores de las naciones.

XXXVI.

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por Dios y los altares de la patria.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por la justicia, por la causa santa de los pueblos, por los derechos sagrados del género humano.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para libertar á mis hermanos de la opresion, para quebrantar sus cadenas, y las cadenas del mundo.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear contra los hombres inicuos, en favor de aquellos á quienes oprimen y huellan con los pies, contra los amos en favor de los esclavos, contra los tiranos en favor de la libertad.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy mas no sean todos presa de unos pocos, para enderezar las cabezas inclinadas, y sostener las rodillas que flaquean.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy mas no maldigan los padres el dia en que les fue dicho: Un hijo os ha nacido; ni las madres aquel en que le estrecharon por primera vez contra su seno.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy mas no se acongoje el hermano viendo á su hermana marchitarse como la yerba que la tierra rehusa alimentar; para que en adelante no contemple llorosa la hermana al hermano que parte y que no ha de volver.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que coma en paz cada uno el fruto de su trabajo; para enjugar las lágrimas de los pequeñuelos que piden pan, y á quienes responden: Ya no hay pan; hánnos llevado el que nos quedaba.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por el pobre, para que en adelante no vuelva á ser despojado de la parte que en la comun herencia le toca.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, adónde vas?

Voy á pelear para estirpar el hambre en las cabañas, para tornar á las familias la abundancia, la seguridad y el contento.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para devolver á aquellos que fueron por los opresores lanzados en los calabozos, el aire que falta á su respiracion, y la luz que sus ojos buscan.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para echar por tierra las barreras que separan los pueblos, y los impiden abrazarse como hijos del mismo Padre, destinados á vivir unidos en un mismo amor.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para emancipar de la tiranía del hombre el pensamiento, la palabra, la conciencia.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por las eternas leyes emanadas de arriba, por la justicia que protege los derechos, por la caridad que endulza los males inevitables.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que tengan todos un Dios en el cielo, y una Patria en la tierra.

¡Benditas sean tus armas, siete veces benditas, jóven soldado!

XXXVII.

¿Por qué os fatigais vanamente en vuestra miseria? Vuestro deseo es bueno, empero no sabeis cómo llevarle á cabo.

Tened presente esta máxima: Solo aquel puede devolver la vida, que ha dado la vida.

Sin Dios, nada conseguireis.

Os volveis y revolveis sobre vuestro lecho de dolor: ¿qué alivio habeis encontrado?

Habeis derribado algunos tiranos, y tras ellos han venido otros peores que los primeros.

Habeis abolido las leyes de servidumbre, y habeis recibido leyes de sangre, y otra vez leyes de servidumbre.

Desconfiad pues de los hombres que se interponen entre Dios y vosotros, porque su sombra os le oculta. Esos hombres abrigan malos designios.

Porque de Dios procede la fuerza que emancipa, porque de Dios procede el amor que une.

¿Qué cosa puede hacer en favor vuestro un hombre que no tiene mas regla que su pensamiento, ni mas ley que su voluntad?

Aun entonces cuando procede de buena fé, y cuando no anhela sino el bien, es fuerza que os dé su voluntad por ley, y por regla su pensamiento.

Ahora bien, no hacen otra cosa los tiranos.

No vale la pena de trastornarlo todo, y de esponerse á todo, para poner en lugar de una tiranía otra tiranía.

No consiste la libertad en que sea este quien domine en vez de esotro; sino en que no domine ninguno.

Pero donde Dios no reina, fuerza es que domine un hombre; y eso se ha visto en todos tiempos.

El reinado de Dios, yo os lo digo de nuevo, es el reinado de la justicia en los ánimos, y el de la caridad en los corazones; y estriba sobre la tierra su fundamento en la fé en Dios, y en la fé en el Cristo, que ha promulgado la ley de Dios, la ley de caridad y la ley de justicia.

La ley de justicia enseña que todos son iguales ante su Padre, que es Dios, y ante su único Señor, que es el Cristo.

La ley de caridad les enseña á amarse y á ayudarse mútuamente, como hijos de un mismo Padre y discípulos de un mismo Maestro.

Y entonces son libres, porque ninguno manda á otro, si no ha sido libremente escogido por todos para mandar, y no puede arrebatarles nadie su libertad, porque estan todos unidos para defenderla.

Empero los que os dicen: Hasta nosotros no se ha sabido lo que es justicia; la justicia no procede de Dios, sino del hombre; fiaos de nosotros, y nosotros os fabricarémos una que os satisfaga:

Esos os engañan, ó si os prometen sinceramente la libertad, engáñanse á sí mismos.

Porque exijen de vososotros que los reconozcais señores, y de esa suerte no sería vuestra libertad sino otro género de obediencia á esos nuevos señores.

Respondedles que vuestro Señor es el Cristo, que no quereis otro ninguno, y el Cristo os emancipará.



Habeis r
fatigable
un dia.

La li
blos tien
su frent

Emp
sanse d
la estac

Par
cobard
trabaj
malas
bran
que f

Y
en e

Parécense tambien á los hombres insensatos, que despues de haber edificado hasta el tejado una casa para albergarse en ella, déjanla sin cubrir y tejar, por no tomarse un poco mas de trabajo.

Sobrevienen los vientos y las aguas, y viénese la casa al suelo, y vénse de repente los que la habian construido sepultados debajo de sus ruinas.

Aun cuando se hubiesen visto malogradas vuestras esperanzas no solo siete veces, sino setenta veces siete veces, no perdais nunca la esperanza.

Cuando hay fé, la justa causa acaba por triunfar, y aquel se salva que persevera hasta el fin.

No digais: Es demasiado sufrir para alcanzar bienes que han de lograrse tan tarde.

Si llegan esos bienes tarde, si solo por poco tiempo gozais de ellos, ó aun si no os fuese dado alcanzarlos, gozarán

de ellos vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos.

Ved que sólo tendrán lo que vosotros les dejeis; ved si quereis dejarles grillos, y hambre, y el azote en herencia.

Aquel que se pregunta á sí mismo cuánto vale la justicia, profana la justicia en su corazon; y el que calcula lo que cuesta la libertad, renuncia en su corazon á la liberdad.

La libertad y la justicia os pesarán en la misma balanza en que las hayais vosotros pesado. Aprended pues á conocer su precio.

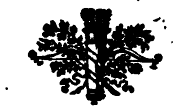
Pueblos hay que no lo han conocido, y nunca miseria igualó su miseria.

Si hay en la tierra alguna cosa verdaderamente grande, es la resolucion firme de un pueblo que camina bajo los auspicios de Dios, sin cansarse un momento, á la conquista de los derechos que de él recibió; que no cuenta ni sus

heridas, ni los dias pasados sin descanso, ni las noches vacías de sueño, y que se dice á sí mismo: ¿Qué es todo esto? Bien merecen la justicia y la libertad mayores sacrificios.

Podrá esperimentar infortunios, reveses, traiciones, y verse vendido por algun Judas. Nada, empero, sea bastante á desanimarle.

Porque yo os lo digo en verdad, aun cuando bajase como el Cristo al sepulcro, como el Cristo saldria de él al tercero dia, vencedor de la muerte, y del príncipe de este mundo, y de los ministros del príncipe de este mundo.



XXXIX.

El labrador soporta el peso del dia, espónese á la lluvia, al sol, á los vientos, para preparar con su trabajo la cosecha que ha de llenar por otoño sus graneros.

La justicia es la cosecha de los pueblos.

Levántase el artesano antes del alba, y enciende sú pobre lámpara, y afánase sin cesar para ganar un poco de pan que le alimente á él y á sus hijos.

La justicia es el pan de los pueblos.

No rehusa el mercader tarea alguna, ni se queja de ningun trabajo; desgasta su cuerpo, y olvida el sueño á fin de acumular riquezas.

La libertad es la riqueza de los pueblos.

Cruza el marinero los mares, entrégase á las olas y á las tempestades, aventúrase entre escollos y sufre el frio y el calor, á fin de proporcionarse algun descanso para la vejez.

La libertad es el descanso de los pueblos.

Sujétase el soldado á las mas duras privaciones, vela y pelea, y da su sangre por lo que llama gloria.

La libertad es la gloria de los pueblos.

Si hay en la tierra un pueblo que estime en menos la justicia y la libertad que el labrador su cosecha, el artesano un pedazo de pan, el mercader las riquezas, el marinero el descanso, y el soldado la gloria, levantad en derredor de ese pueblo una altísima muralla, á fin de que su aliento no inficione el resto de la tierra.

Cuando luzca el gran dia del juicio final de los pueblos, seráles dicho: ¿Qué

hiciste de tu alma? No ha sido vista de ella ni señal ni huella. Todo lo han sido para tí los goces del bruto. Has gustado del lodo, anda á pudrirte en el lodo.

Y por el contrario, el pueblo que por encima de los bienes materiales haya colocado en su corazon los bienes verdaderos, que para conquistarlos no haya perdonado medio ni fatiga, trabajo ni sacrificio, oirá estas palabras:

A los que tienen alma, la recompensa de las almas. Por cuanto has amado mas que todas las cosas la libertad y la justicia, ven y posee para siempre la justicia y la libertad.



XL.

¿Creeis que el buey criado en el establo para uncirlo al yugo, y cebado despues para el matadero, sea mas envidiable que el toro que busca libre su pasto por el campo?

¿Creeis que el caballo ensillado y embridado, que encuentra siempre abundante forrage en el pesebre, goce de mejor suerte que el caballo padre que libre de toda traba galopa por el campo sueltamente?

¿Creeis que el capon, al cual arrojan el grano en el corral, sea mas dichoso que la paloma torcaz que á la mañana no sabe aun en dónde ha de encontrar el alimento de cada dia?

¿Creeis que el que tranquilo se pasea en uno de esos sotos que llaman rei-

nos, lleve vida mas dulce que el fugitivo que de monte en monte, y de peñasco en peñasco, se anda henchido el corazon con la esperanza de crearse una patria?

¿Creeis que el siervo imbécil, sentado á la mesa de su señor, saborea muy mas sus manjares delicados, que el soldado de la libertad su pedazo de pan negro?

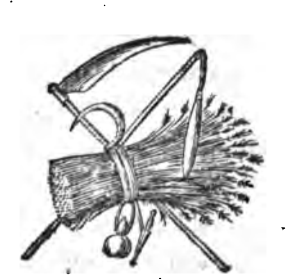
¿Creeis que el que duerme con la soga al cuello sobre la paja que le ha estendido el amo, goce sueño mejor que aquel que, despues de haber peleado durante el dia para no depender de nadie, descansa algunas horas en la noche sobre el suelo en un rincon de una heredad?

¿Creeis que el cobarde, que arrastra por todas partes la cadena del esclavo, viva menos cargado que el hombre de corazon que arrastra los grillos del prisionero?

¿Creeis que el hombre tímido que espira en su lecho, sofocado por el aire corrompido que rodea á la tiranía, tenga una muerte mas envidiable que el hombre animoso que devuelve á Dios en el patíbulo su alma, libre, como de él la recibió?

El trabajo existe en todas partes, y en todas partes el sufrimiento; solo que hay trabajos estériles y trabajos fecundos, sufrimientos infames, y gloriosos sufrimientos.

TAYLOR INST. OXFORD



XLI.

Íbase errante por la tierra. ¡Dios guie al pobre desterrado!

He pasado por medio de los pueblos, y me han mirado, y yo los he mirado, y no nos hemos conocido. El desterrado en todas partes está solo.

Cuando á la caïda del dia veia elevarse del fondo de algun valle el humo de tal cual cabaña, deciame á mí mismo: Dichoso aquel que encuentra á la noche el hogar doméstico, y se sienta en él en medio de los suyos. El desterrado en todas partes está solo.

¿Adónde van esas nubes que barre la tempestad? La tempestad me despide como á ellas; ¿y qué me importa dón-

de? El desterrado, donde quiera está solo.

Esos árboles son hermosos, bellas son esas flores; pero no son las flores ni los árboles de mi pais: nada me dicen. El desterrado, donde quiera está solo.

Ese arroyo corre mansamente por la llanura; pero su murmullo no es el murmullo que en mi infancia oía: no trae á mi alma recuerdo ninguno. El desterrado, donde quiera está solo.

Dulces son esos cantares; pero los contentos y las penas que renuevan no son ni mis contentos ni las penas mias. El desterrado, donde quiera está solo.

Háseme preguntado: ¿Por qué llorais? Y cuando lo he dicho ninguno ha llorado, porque ninguno me comprendia. El desterrado, donde quiera está solo.

He visto ancianos rodeados de párvulos, como el olivo de sus vástagos;

pero ninguno de aquellos ancianos me llamaba hijo, ninguno de aquellos párvulos me llamaba hermano. El desterrado, donde quiera está solo.

He visto vírgenes sonreirse, con sonrisa tan pura como las auras de la mañana, á la vista de aquel á quien habia escogido amor para su esposo. Pero ni una sola entre ellas se me ha sonreido. El desterrado, donde quiera está solo.

He visto mancebos, pecho con pecho, abrazarse como si de dos vidas hubieran querido hacer una sola; pero ni uno me ha apretado la mano. El desterrado, donde quiera está solo.

No hay amigos, esposas, padres y hermanos sino en la patria. El espatriado, donde quiera está solo.

¡Pobre desterrado! cesa de gemir: todos estan desterrados como tú; todos ven pasar y desvanecerse ante sus ojos padres, hermanos, esposas, amigos.

La patria no está aqui abajo; en va-

no la busca el hombre: lo que cree su patria, no es sino un albergue para pasar la noche.

Vase errante por la tierra. ¡Dios guie al pobre desterrado!



XLII.

Y fuéme mostrada la patria.

Fui sublimado sobre la region de las sombras, y veía ál tiempo arrebatarlas con velocidad indecible al través del vacío, como se ve al viento del Mediodia llevarse los ligeros vapores que se deslizan á lo lejos por la llanura,

Y me elevába, me elevaba siempre; y la realidad, invisible á la vista material, me apareció, y escuché sonidos que no tienen eco en ese mundo de fantasmas.

Y lo que yo escuchaba, y lo que veía, era tan vivo, mi alma lo percibia con tal fuerza, que me parecia que todo cuanto hasta entonces habia creido ver y escuchar, no habia sido sino un sueño incierto y vago en la noche.

¿Qué les diré pues á los hijos de la noche que puedan ellos comprender? ¿Y desde las alturas de la eternidad no volví á caer con ellos en el seno de la noche, en la region del tiempo y de las sombras?

Yo veia como un océano inmóvil, inmenso, infinito; y en ese océano, tres océanos; un océano de fuerza, un océano de luz, un océano de vida; y esos tres océanos, se penetraban mútuamente sin confundirse, y no formaban sino un solo océano, la misma unidad indivisible, absoluta, eterna.

Y esta unidad era aquel que es; y en el fondo de su ser, un nudo inefable enlazaba entre ellos tres personas, que me fueron nombradas, y eran sus nombres el Padre, el Hijo, el Espíritu; y habia allí una generacion misteriosa, un soplo misterioso, vivo, fecundo; y el Padre, el Hijo, el Espíritu, eran aquel que es.

Y el Padre me aparecia como un poder, que en el seno del Ser infinito, uno con él, no tiene mas que un acto, permanente, completo, ilimitado, que es el Ser infinito, él mismo.

Y el Hijo me aparecia como una palabra, permanente, completa, ilimitada, que dice lo que obra el poder del Padre, lo que es, lo que es el Ser infinito.

Y me aparecia el Espíritu como el amor, la efusion, la aspiracion mútua del Padre y del Hijo, animándolós con una vida comun, animando con vida permanente, completa, ilimitada, el Ser infinito.

Y los tres eran uno, y esos tres eran Dios, y abrasábanse, y uníanse en el impenetrable santuario de la sustancia, una é indivisible; y esta union, este arrobo, eran en el seno de la inmensidad la eterna alegría, el goce eterno de aquel que es.

Y en las honduras de este infinito océano de ser nadaba, y flotaba, y se dilataba la creacion; bien asi como una isla que dilatase incesantemente sus playas en medio de un mar sin límites.

Dilatábase y se abria como una flor que echa sus raices en las aguas, y que tiende sus largos filamentos y sus corolas sobre la superficie.

Y yo veia á los seres encadenarse con los seres, y producirse y desarrollarse en su variedad infinita, alimentándose y saciándose de una seva que no se agota jamas, de la fuerza, de la luz, y de la vida de aquel que es.

Y cuanto hasta entonces habia estado oculto para mí se desarrollaba ante mi vista, no ya coartada por la red material de los sentidos.

Desembarazado de las terrestres trabas, íbame de mundo en mundo, bien asi como acá abajo se anda el espíritu de pensamiento en pensamiento; y despues

de haberme sumergido y perdido en estas maravillas del poder, de la sabiduría y del amor, sumergíame y me perdia en el manantial mismo del amor, del poder y de la sabiduría.

Y conocí lo que era la patria; y embriagábame de luz, y mi alma, arrebatada por torrentes de armonía, adormecíase sobre las celestes ondas, en éxtasis indecible.

Y veia despues al Cristo á la derecha de su Padre, radiante de gloria inmortal.

Y veíale tambien como un cordero místico inmolado sobre un altar; millares de ángeles le rodeaban juntamente con los hombres, con su sangre rescatados; y cantando sus alabanzas, tributábanle acciones de gracias en la lengua del cielo.

Y una gota de la sangre del cordero se derramaba sobre la naturaleza lánguida y doliente, y víla transformarse; y

las criaturas todas que en sí encierra palpitaron con vida nueva, y alzaron tadas la voz, y esta voz decia:

Santo, Santo, Santo, es aquel que ha destruido el mal, y vencido á la muerte.

Y el Hijo se inclinó sobre el seno del Padre, y el Espíritu los cubrió con su sombra, y hubo entre ellos un misterio divino; y los cielos se estremecieron en silencio.

FIN.

Esta obra es propiedad de su editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

Se hallará la presente obra á 10 rs. en rústica en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, donde se encuentran de venta las siguientes obras del traductor.*

No mas Mostrador, comedia en cinco actos y en prosa.

Macías, drama histórico en cuatro actos y en verso.

El Doncel de Don Enrique el doliente, novela en cuatro tomos.

El Pobrecito Hablador, 15 folletos.

Fígaro, coleccion de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, publicados en los años 1832, 1833 y 1834, en el Pobrecito Hablador, la Revista Española, y el Observador, tres tomos en octavo.

Primera, segunda y tercera cartas de Fígaro, 3 folletos.

Felipe, comedia en dos actos.

Arte de conspirar, id. en cinco actos.

Partir á tiempo, id. en un acto.

Tu amor, ó la muerte! id. en un acto.

Un desafio, drama en tres actos.

Roberto dillon, id. en tres actos.

En la misma librería se encuentran las nuevas publicaciones siguientes.

Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y 10 en pasta.

Panorama matritense: cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante: dos tomos en 8.º marquilla con cuatro bellas láminas, su precio 40 rs. en rústica y 46 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno, cuyos títulos espresan los catálogos que se dan gratis en la indicada librería á los sugetos que gusten adqurirlos.

Sátiras de varios autores.

Derecho Real de España por Alvarez, dos tomos en 4.º á 44 rs. en rústica, 52 en pasta, y 46 en un tomo tambien en pasta.

883874

Judith Hodgson
29, 5. 1989

